

Serie Familiar, 7

Dos fusileros sin bala



ediciones
bistagne

saun de
morales

OLIVER HARDY STAN LAUREL



25-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

DOS FUSILEROS SIN BALA

Interesante asunto, cómico, sentimental
y, a ratos, espeluznante, de gran éxito

Dirección de
GUS MEINS

Es un film de la famosa firma
Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por
Metro-Goldwyn-Mayer
Ibérica, S. A.
Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

12 Marzo 1936

PRINCIPALES INTERPRETES:

**Stan Laurel
y Oliver Hardy**

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Dos fusileros sin bala

Argumento de la película

CAPITULO I

Agustín McLaurel, el viejo, rico y extravagante terrateniente escocés, había fallecido. El, tan original en todo, no había logrado esta vez sustraerse a la rutina, usando para morir los mismos procedimientos corrientes y vulgares que acostumbraban emplear los demás seres mortales para cumplir con este deber ineludible de la naturaleza. Había muerto de una simple pulmonía, y cumplido el deber piadoso de cerrarle los ojos y enterrarlo con toda la pompa y solemnidad que la personalidad del muerto requería y la asistencia al entierro de todos los habitantes del sonriente y pintoresco pueblecillo escocés en donde había vivido, su notario se disponía ahora a cumplir con el re-

quisito legal de abrir el testamento en presencia de sus herederos. Es por eso que aquella mañana se notaba un inusitado movimiento en el castillo que fué de Agustín McLaurel, habitualmente tranquilo y solitario.

—Tenga la bondad, señora, señorita, y tú Douglas, Tomás, venid también. El difunto señor McLaurel expresó su deseo de que la servidumbre de la casa asistiese a la apertura del testamento — iba diciendo el notario mientras los huéspedes del castillo se iban acomodando en sus respectivos asientos alrededor de la mesa escritorio.

El notario se caló las gafas y antes de dar principio a la lectura preguntó a su pasante:

—¿Estamos todos, Alán?

—Sí, señor; todos, excepto el heredero de América.

—Bien. No es necesario esperar-le. Aunque se me ha notificado que llegaría hoy a la ciudad, me resisto a creerlo. En consecuencia, comenzaremos con nuestro asunto, que es la lectura del testamento de Agustín McLaurel, aquel caballero bondadoso y amigo entrañable, aquel auténtico escocés, que fué respetado por todos sin excepción. ¡Descanse en paz!

—¡Amén! — contestaron todos con voz solemne.

—Si les parece a ustedes—propuso entonces el notario—omitiré toda fraseología jurídica y citaré tan sólo los legados.

El notario carraspeó tres o cuatro veces y empezó la lectura.

—Primero: Es mi voluntad legar a mi nieto que se halla en América, Stanley McLaurel, y al cual no he visto nunca...

El señor Miggs se detuvo un momento. La mano que escribiera el testamento había trazado unas palabras que resultaban poco menos que ilegibles a los ojos del notario, quien se vió obligado a requerir el auxilio de su ayudante.

—Dime, Alan... ¿qué dice aquí?

Mientras esto sucedía en el castillo, dos hombres de extraña catadura cruzaban el puentecillo situa-

do a la entrada del pueblo. Uno de aquellos hombres era flaco y escuálido, el otro gordo y orondo. El rostro del primero revelaba un estado perpetuo de azoramiento y desconcierto, el del segundo una confianza en sí mismo rayana en la insolencia. Los ojos de aquél eran azules e inexpresivos, mientras que los de éste eran negros y vivaces. El flaco se llamaba Stanley McLaurel y era nada menos que el nieto del difunto terrateniente fallecido últimamente, el segundo se llamaba Oliver Hardy. Stanley era tímido, encogido y medroso, mientras que Oliver era audaz, tranquilo, insolente. A pesar de las notables diferencias de su físico y su carácter, una amistad sincera y profunda unía a aquellos dos hombres. Amigos inseparables en la suerte y en la desgracia, en la prosperidad y en la miseria, en la alegría y en el dolor... Así eran y así se llamaban los dos compañeros que acababan de hacer su entrada en el pacífico pueblo escocés a pie... y sin dinero.

Pero, ¿qué importaba aquel estado de penuria en que se hallaban? ¿Acaso no habían ido allí a recoger una herencia fabulosa que había de convertirles en potentados de la noche a la mañana? El viejo McLaurel había tenido el acierto de morir en el momento oportu-

no. Si llega a tardar unos días más los dos amigos habrían perecido de inanición y miseria.

Stanley, además de su físico, que poco o nada tenía que agradecer a la madre naturaleza, había tenido la desgracia de nacer tonto y tonto moriría si no acudía Dios a poner algún remedio. Por suerte suya el destino, compadecido de su desgracia, le había puesto a Oliver en el camino de su vida, y Oliver, sin llegar a ser un Sócrates, poseía no obstante picardía e inteligencia bastante para contrarrestar la estupidez de su amigo, siendo para él una especie de lazarillo sin el cual el infeliz Stanley no habría sido capaz de dar un solo paso.

Apenas entrados en el pueblecillo, tuvo que dar Stanley una prueba palpable de su estupidez irremediable. Parado en el centro de la calle vistiendo un uniforme flamante y tocado con su gorra de policía, un representante de la autoridad se hallaba muy entretenido viendo una esbelta figura de mujer pasando por su lado, cuando sintió la suave presión de una mano sobre su hombro y oyó una voz tímida y balbuceante que le preguntaba:

—¿Sabría usted decirnos dónde encontraremos un policía?

Ni que decir tiene que la mano y la voz del cándido preguntón pertenecían a McLaurel. Su amigo Oli-

ver, que se había dado cuenta de la *coladura*, le echó una mirada fulminante, pero ya era tarde. El policía se había vuelto y miraba al desconocido con expresión de aguda sorpresa. La sorpresa se trocó en indignación al ver la cara de imbécil del que acababa de hacerle una pregunta tan obvia. Iba sin duda a contestarle con alguna palabra muy fuerte o tal vez a preguntarle si le estaba tomando el pelo, cuando oyó la voz del acompañante que le decía con el tono más amable del mundo:

—Le ruego que perdone a mi amigo, guardia. Es forastero y además un poco miope. Quiere esto decir que no se ha fijado en su uniforme.

Una vez más la providencial intervención de Oliver libró a Stanley de un grave contratiempo. De no haber sido por sus palabras corteses el policía, indignado por lo que creía burla a la autoridad, se habría llevado a su infeliz amigo a la Comisaría.

—¿Podría usted indicarnos el mejor hotel que posee esta hermosa ciudad? — inquirió Hardy deshaciéndose en sonrisas y zalemas.

—Allá enfrente, señor—repuso el interrogado amablemente.

Los ojos acuosos e inexpresivos de Stanley seguían mirando al policía con una expresión de sorpresa tan grande como si en lugar de ha-

llarse ante el representante de la autoridad fuese un animal exótico. Fué necesario que Oliver le sacase de su ensimismamiento arrastrándolo por un brazo para que se decidiese a reanudar su camino. Un instante después entraban en la fonda.

—Buenos días, señora... Desearía que nos diese una habitación y un baño—dijo Oliver en el mismo tono amable empleado unos momentos antes para desarmar al policía...

La posadera les echó una mirada desconfiada. Verdaderamente ni su equipaje, consistente en un par de maletas pequeñas y raídas, ni su aspecto e indumento eran para inspirar la menor confianza.

—La habitación se la daré —dijo al fin—pero el baño se lo tendrán que tomar ustedes solitos. ¿La quieren por días o por semanas?

—La tomaremos por un día de momento. Verá usted, mi amigo aquí presente, el señor McLaurel, es el heredero de las posesiones McLaurel y como en seguida nos trasladaremos allí...

Al oír aquellas palabras la posadera cambió de actitud inmediatamente.

—¿Es posible esto? Déjeme mirarlo bien. ¿Cómo he sido tan tonta de no verlo antes? ¡Si es su misma

cara!... Quiero decir que es igualito al abuelo.

—¿Concía usted al finado?

—¿Que sí lo conocía, dice usted? Hacía cuarenta años que lo veía casi diariamente. El pobrecito tuvo un final muy triste.

—¿De qué falleció?

—Murió de pena, según creo. Verá usted; tenía un hijo que era una bala perdida. Se llamaba Santiago. Se fué a Norteamérica y allí se casó con una reina.

—¿Con una reina? —inquirió Oliver abriendo unos ojos como dos naranjas—. ¿De qué nación?

—De ninguna. Era la reina de la canción. Una de esas cupleteras. Su padre nunca se lo perdonó.

—Bueno, ¿y qué hizo el hijo del señor McLaurel?—siguió inquiriendo Oliver, que empezaba a sospechar que el tal Santiago era nada menos que el padre de su ilustre amigo. Este, como es de suponer, seguía en la higuera, sin sospechar ni remotamente quién pudiera ser la personalidad a la que estaban aludiendo.

—Parece ser que un niño nació de aquel matrimonio y cuando Santiago vió al chico, cogió un revólver y se suicidó. El recién nacido era más feo que un coco.

Sólo entonces el bueno de Stanley, que había estado escuchando en silencio el diálogo habido entre la

fondista y su compañero, se decidió a salir de su mutismo. Las palabras que salieron de sus labios confirmaban el brillante intelecto de que disfrutaba el presunto heredero de las posesiones McLaurel.

—¿Qué te parece esto?—comentó guiñando un ojo a su amigo y dándole un amistoso codazo—. ¡Qué requetefeísimo debía ser aquel chiquillo para trastornar de aquella manera al autor de sus días!

Se quedó helado de estupor al oír la voz irónica y burlona de su entrañable compañero que le decía:

—¿Sí, eh? Pues has de saber que ese Santiago no era otro que tu padre, y como tú eres su hijo comprendo perfectamente lo del suicidio.

No le dijo más. Era suficiente para hacer asomar las lágrimas a los ojos del infeliz McLaurel, quien, eso sí, tenía un corazón sensitivo. Para atajar la escena de llanto que se le venía encima el cruel Oliver decidió irse inmediatamente al cuarto que acababa de alquilar. Volvióse, pues, a la fondista para preguntarle:

—¿Haría el favor de enseñarnos nuestra habitación?

—Con mucho gusto. Está en el primer piso, la primera puerta a la izquierda.

Entretanto, en el castillo del difunto McLaurel, el notario proseguía la lectura del testamento.

—... En consecuencia, todos los bienes muebles e inmuebles de mi pertenecía que restan, los lego por el presente testamento a mi nieta Laura McLaurel. Hago constar que al otorgar el mencionado legado a mi nieta es bajo la condición que ella cumpla mis deseos...

Al llegar a este punto de la lectura, el notario hizo una corta pausa para mirar complacido a la joven Laura McLaurel, sobre la cual la fortuna acababa de derramar sus favores de la manera más espléndida.

Laura era una bellísima muchacha de diez y nueve años, rubia como el oro y con unos ojos oscuros y grandes en los que se asomaba el alma ingenua. La gentil y encantadora joven juntó las manos y alzó los ojos al cielo como dándole gracias por aquel magnífico legado que la generosidad de su abuelo había tenido la gentileza de otorgarle. Miró luego a Alan, el pasante del notario, joven también, guapo y simpático como buen escocés. Los ojos de ambos se encontraron y se dijeron un mundo de cosas inefables, esas cosas que sólo saben decirse los enamorados. Laura y Alan hacía tiempo que eran novios. El amor, borrando las dis-

tancias, había unido a aquellos dos jóvenes nacidos en cunas tan distintas.

Después de aquella pausa, Miggs continuó la lectura:

—... Es, pues, mi voluntad que el coronel Jorge McGregor, el cual se halla destacado con las fuerzas reales en la India, sea el único encargado de ejercer tutela sobre su persona y sus bienes, hasta que Laura alcance su mayoría de edad.

Al oír aquellas palabras, una mujer joven y bella que se hallaba sentada al lado de Laura, no pudo reprimir una exclamación:

—¡Oh, Laura, querida! Prepárate a hacer los equipajes. ¡Ya verás cómo te gusta la India! El coronel McGregor, mi hermano, conociendo la existencia de esta cláusula en el testamento, se apresuró a mandarme aquí en cuanto se enteró de la gravedad del estado de tu abuelo, para que te acompañase en estos momentos y te llevase a su lado.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que tendré que irme a la India? ¿Abandonar Escocia, mi querida patria? ¡Oh no, no, Tina! Yo no podría dejar esta tierra a la que tanto quiero.

—No tienes razón para alarmarte. De esto ya hablaremos en otra ocasión, cuando te hayas repuesto

de la emoción de saberte una de las chicas más ricas de Escocia.

La joven hizo gestos negativos con la cabeza.

—No, no. No quiero ir a la India.

Se levantó presurosa, corriendo a refugiarse en brazos de Alan.

—¿Has oído, Alan? ¿Verdad que tú no dejarás que me marche? ¿Verdad que tú no querrás que abandone Escocia?

El joven la estrechó contra su corazón. Estaba tan emocionado por aquella pública prueba de cariño que acababa de darle su novia, que no acertó a hacer otra cosa que balbucear perdidamente:

—Laura, pero yo, yo...

—Di que no, Alan, dilo, por Dios! La India está a muchos miles de millas de aquí. No dejes que me vaya. Retenme a tu lado, por favor. Yo no quiero abandonar Escocia ni apartarme de tu lado...

El infeliz Alan no sabía qué hacer ni qué decir. Si hubiesen estado solos no habría tardado en hallar palabras de consuelo y aliento para calmar la febril exaltación que se había apoderado de su novia querida, pero en aquel lugar y delante de tanta gente su natural timidez le hacía sentirse corto y temeroso.

La hermana de su futuro tutor acudió en auxilio del atribulado joven. Rescatando a Laura de bra-

zos de su novio se la llevó suavemente al mismo tiempo que le prodigaba palabras de consuelo.

—Vamos, vamos, no te pongas así. Ven conmigo, hasta que consigas calmarte un poco. Todo esto se puede arreglar sin tener que armar tanto ruido. Usted nos dispensará, ¿verdad? Vámonos...

—¡No quiero ir, no quiero ir! —siguió gritando Laura, llorando a lágrima viva.

Alan se volvió hacia el señor Miggs.

—¿Qué puedo hacer yo, señor? ¿Qué puedo hacer?—inquirió desolado.

El buen notario le dió un amistoso golpecito en la espalda:

—Nada, hijo, nada, no te desanimes que todo se arreglará.

Se volvió hacia los criados, que habían salido favorecidos en el testamento con una suma respetable cada uno y les dijo:

—Y ahora sólo me resta darles las gracias por su atención.

En aquel preciso momento llamaron a la puerta. Carl, el mayordomo, se apresuró a ir a abrirla. Al ver la extraña catadura de los visitantes no pudo ocultar un gesto de asombro, pero su sorpresa fué mayor al oír lo que uno de ellos le decía entrando en la casa con gran desparramo:

—Yo soy el señor Hardy y éste

es mi amigo el señor McLaurel. Creo que nos esperan.

El mayordomo miró asustado aquella lagartija que llevaba el ilustre apellidado de su difunto amo y apenas tuvo fuerzas para tartamudear:

—¡Oh, sí, sí se...ñor... Pa...Pa... pasen ustedes.

Y viendo que Laurel y Hardy se disponían a meterse de rondón en el despacho del notario, contraviniendo todas las reglas de la etiqueta, les detuvo con un gesto:

—Un momento, caballeros. Voy a anunciarles.

—Es simpático este tío—comentó Stanley.

Y el caradura de su amigo, como si él fuese el heredero, recalcó dándose aires de persona importante:

—Encantador... Creo que lo retendré en la servidumbre.

El notario salía en aquel instante del despacho acompañado de una señora rubia y opulenta, una parienta lejana del difunto que también había "arañado" algo de la herencia. La señora se despedía del notario con grandes muestras de cortesía y con una voz profunda e insinuante...

—La próxima vez que vaya usted a Glasgow no se olvide de pasarse por mi casa...

Y Laurel vió pasar extasiado a

aquella mujer opulenta y ondulante que le recordaba su estrella favorita.

—Es la Mae West — dijo relamiéndose—. No te...

Un ¡shhh! imperioso de su implacable amigo cortó el comentario.

Un instante después los dos compañeros inseparables se encontraban frente al señor Miggs.

—¿Cómo está usted, señor Miggs? Soy el señor Hardy y éste es mi amigo McLaurel.

—Tanto gusto en conocerles. Tómense asiento.

Tan azorado estaba el infeliz Stanley que no se le ocurrió nada mejor que sentarse encima de las piernas de su compañero. Una mirada fulminante de éste le hizo levantarse inmediatamente, como si acabase de recibir un pinchazo.

—Y ahora, señor McLaurel, ¿tendría la bondad de enseñarme sus credenciales?

Al oír aquella palabra cabalística, los dos amigos rebulleron inquietos en sus asientos. Como siempre, hubo de ser Hardy el que tomase la iniciativa para preguntar:

—Dispense usted, señor Miggs. No le he entendido.

—Preguntaba si el señor McLaurel tenía sus credenciales.

Nuevas señales de inquietud por parte de los visitantes.

—¿Credenciales? ¿Qué quiere decir eso, poco más o menos?

El señor Miggs se rió para sus adentros. Aquel par de tipejos que tenía delante no eran ciertamente dos pozos de ciencia.

—Algo con lo cual se pueda identificar a este caballero y que demuestre que, en efecto, es Stanley McLaurel. Por ejemplo: un pasaporte...

—Lo siento, señor, pero no tenemos ninguno.

El señor Miggs se levantó asombrado.

—¿Cómo dicen ustedes? ¿No tienen pasaporte?

—No, señor—siguió explicando Hardy, fiel a su costumbre de llevar la voz cantante—. Ya le explicaré a usted. Teníamos tantísima prisa en venir que se nos olvidó sacarlo.

—¿Y cómo lograron entrar en este país?

Ahora le había tocado el turno a Laurel. La boca de éste no se abría más que en el momento oportuno para meter la pata. Era ya en él una costumbre inveterada y no iba a faltar a ella en aquel momento tan solemne.

—Escondidos en un barco de ganado. No recuerdo haber hecho un viaje más accidentado—confesó con una sinceridad que le honraba.

—¡Ah!, pues si usted no puede probar quién es no podemos hacer

nada — advirtió el notario severamente.

Hardy se rascó la cabeza perplejo. Tanto él como su amigo llevaban en el bolsillo un documento acreditativo de su personalidad. Pero daba la casualidad de que el dicho documento era, a la vez, *demasiado acreditativo*. Era un carnet que la policía había tenido la *gentileza* de extenderles gratuitamente, en el cual podían leerse sus nombres y apellidos, la fecha de su nacimiento y también ¡oh dolor! la de su ingreso en la cárcel aquel día fatídico que se les ocurrió entrar en una tienda con el exclusivo objeto de robar un par de quesos de gruyère. En el carnet podían verse también tres bonitas fotografías de ambos, sus huellas dactilares y todas estas monsergas con las que la policía acostumbra entretenerse cada vez que cae en sus manos un nuevo delincuente.

Al cabo de un rato de angustiosas dudas y vacilaciones, Hardy decidió que Laurel mostrase aquel documento tan elocuente. Verlo el señor Miggs y pronunciar un ¡miau! tan fuerte como espontáneo fué cosa de un instante. ¿Sería acaso el futuro heredero de su difunto cliente un socio de Al Capone?

Laurel, siempre cándido, todavía tuvo el humor de hacer algún comentario.

—Estas fotos, como podrá usted ver, no resultaron muy favorecidas. Fueron tomadas hace tres años y se puede ver fácilmente que no estaba muy bien en aquellos días. Vea la de la izquierda...

Pero Miggs le detuvo con un gesto severo.

—Bueno, bueno. Esta prueba basta. Es usted digno hijo de su padre. Ya lo dice el refrán: "de tal palo, tal astilla". Vuelvo a rogarles que tomen asiento. Vamos a proceder a la lectura del testamento.

Hizo una corta pausa, luego continuó:

—Hago saber por el presente documento que yo, Agustín Juan McLaurel, hallándome en el perfecto uso de mis facultades...

—Perdone, señor Miggs — insinuó Hardy tímidamente—. ¿Es preciso leer todo eso?

—No.

—Entonces, déjelo y sepamos lo que hemos de recibir nosotros.

—Primero: lego a mi nieto, que se halla en América, Stanley McLaurel, al cual no conozco, dos de los bienes más queridos que poseo, con la esperanza de que sabrá conservarlos para que puedan ir heredándolos generación tras generación, como ha venido sucediendo hasta ahora.

El notario terminó la lectura, se

levantó con solemnidad, y dirigiéndose al feliz descendiente de aquella rama de escoceses ilustres le dijo:

—Es usted en realidad un hombre afortunado, señor McLaurel. Le aseguro que será la envidia de muchos ciudadanos escoceses...

Se fué derechamente a un arca que había en un rincón de la estancia, la abrió, sacó de sus profundidades dos objetos, uno muy grande y el otro muy pequeño, y los mostró a los ojos asombrados de sus visitantes. Eran nada menos que una gaita escocesa, una magnífica gaita escocesa, y una pequeña cajita de rapé. Las azules pupilas de Stanley revelaron todo el asombro que eran susceptibles de expresar, mientras que los negros y vivaces de su compañero bailaban dentro de sus órbitas.

—Admírenla—siguió diciendo el señor Miggs mostrando triunfalmente la gaita—. Fué tocada en Waterloo. A su sonido se dió la famosa carga de la Balaclava, silbó desafiante en la batalla de Mafeking y cantó y divulgó la victoria de Mons. En segundo lugar, pero no por ello menos importante, va esta caja de rapé, regalo de la reina María Estuardo, en premio de su valentía a su tata, tata, tata, tata, tatarabuelo. Merecía en verdad este

delicado obsequio porque fué un gran hombre.

El materialista Hardy, en lugar de enternecerse a la vista de aquellos dos objetos históricos, tuvo la desfachatez de inquirir con un cinismo repugnante:

—¿Y esto es cuanto nos van a dar?

—Eso es todo, señor—repuso Miggs gravemente—. Les deseo a ustedes que tengan un feliz viaje de regreso a América.

Llamó al mayordomo.

—Tomás, acompaña a los señores a la puerta y di a la señora McGregor que en cuanto le sea posible, desearía hablar con ella.

Aquella era una amable invitación a que se marcharan. Así lo comprendió Hardy, el único que estaba en condiciones de comprender algo en aquel *luctuoso* momento, y decidió aceptarla.

—Buenos días, señor Miggs—dijo cortésmente saludando con una ligera inclinación de cabeza. Su compañero no dijo nada. El asombro le había quitado el resuello.

Salieron los dos compañeros, cargados con la gaita, la cajita de rapé y el enorme peso de su desilusión gravitando sobre sus hombros. Un momento después la hermana de McGregor, el futuro tutor de Laura, bajaba al despacho del notario.

—Aquí me tiene, señor Miggs.

El mayordomo acaba de decirme que usted deseaba hablarme.

—En efecto, señora. Estoy deseoso de dejar arreglado cuanto antes este asunto. Aquí está el testamento protocolado y las condiciones del fideicomiso del coronel. Todo debidamente firmado y sellado. Tenga usted.

—Gracias, señor Miggs. Haré que llegue a poder de mi hermano con toda seguridad, y a la vez le contaré lo bien que ha sabido usted llevar este asunto. Pierda usted cuidado.

—Estoy muy preocupado con Laura. Esa romántica amistad que tiene con Alan es mucho más seria de lo que yo sospechaba. Ella es muy voluntariosa y si se obstina en no irse a la India causaría su propia ruina.

—¡Oh! Estos asuntos de amor y amistades románticas nada significan. A su edad, carecen de importancia, son algo así como un sarampión benigno.

—Tal vez tenga usted razón, pero, por otra parte, me contraría en extremo tener que obligarla a ir a la India.

—No tendrá usted que hacerlo. El propio Alan será quien se encargue de convencerla. Me ha parecido un muchacho razonable y nada interesado. Enviémele usted; yo hablaré con él y veremos si logro

convencerle de que la felicidad de Laura consiste ahora en que vaya a la India.

—Lo haré con mucho gusto, señora. Debí suponerlo desde el primer momento. Sólo una mujer es capaz de arreglar los asuntos del corazón. Hasta la vista, señora, y muchísimas gracias por su generosa ayuda.

—Adiós, señor Miggs.

—Haré que el muchacho venga a verla en seguida.

Salió el notario. La gentil Tina McGregor quedó sola en la vasta y suntuosa habitación que hasta hacía poco había sido el despacho del difunto McLaurel. Paseó una mirada satisfecha por su alrededor. Aquella morada hacía cumplido honor a los castillos de Escocia, célebres en el mundo entero por su magnífica belleza. Constituía ciertamente una morada regia. Y las doscientas mil libras que heredaría la gentil Laura McLaurel no eran tampoco grano de anís...

Tina sonrió satisfecha. Allá en la India, su hermano, el pundonoso capitán McGregor, estaría esperando ansiosamente su regreso. Tina quería entrañablemente a aquel joven y apuesto militar, honor de su apellido, y habría dado cualquier cosa para verlo un poco menos abnegado y un poco más egoísta, atendiendo más a su propia

felicidad que a su carrera militar que le tenía absorbido por entero. Y he aquí que ahora una mujer joven, casi una niña, bella, delicada y rica, inmensamente rica, iba a cruzarse en el camino de su vida para ponerse bajo su tutela. Y Tina, que a pesar de no tener ni un centavo de dote, con las únicas armas de su belleza y su astucia había conseguido casarse con uno de los hombres más ricos de la India, del que, por cierto, se había divorciado últimamente, el conde Ormsby, tenía derecho a esperar mucho de su astucia y mucho también de la juventud y belleza de Laura para lograr que los McGregor y los Mc-Laurel uniesen sus apellidos...

Entretanto, Stanley McLaurel y Oliver Hardy, encorvados bajo el enorme peso de su terrible desgano, iban a la deriva por el pueblecillo sin saber adónde ir ni qué hacer en aquellas circunstancias trágicas. Se sentaron en el pretil del puentecillo a la entrada del pueblo, y durante un buen rato permanecieron silenciosos y tristes contemplando aquella gaita y aquella cajita de rapé, causas directas de su melancolía. Hardy fué el primero en romper el silencio para decirle a su infeliz compañero con un tono de vivísimo reproche:

—Bueno; he aquí otro bonito lío en el que estoy metido por tu culpa.

¡Hacer este viaje desde América en un barco de ganado para esto! Como siempre, pago bien caro el derecho a llamarme amigo tuyo.

Se detuvo al ver que Laurel empezaba a hacer pucheros. De aquello a un estallido de llanto no había más que un paso, y como este paso acostumbraba darlo con una facilidad pasmosa su sensitivo amigo, decidió evitar una escena desagradable.

Stanley, sin duda para consolar-se de las duras palabras que acababa de dirigirle Oliver, se había enfrascado en un minucioso examen de la cajita de rapé, y como, en su ignorancia supina, desconocía el uso que debía hacerse del contenido de la misma, cogió una pequeña cantidad con la punta de los dedos y se la colocó en la lengua. El resultado no pudo ser más desastroso. Aquel condenado polvillo tenía un gusto endiablado.

—No me gusta—confesó sinceramente.

—¡Claro! ¡Como no se usa así!..

Y uniendo la acción a la palabra, Hardy, deseoso de dar una nueva lección de superioridad a su torpe amigo, cogió un poco de rapé y se apresuró a hacer de él el uso conveniente, absorbiéndolo por la nariz. Stanley hizo lo mismo. Apenas había tenido tiempo de aspirarlo, su membrana pituitaria, exce-

sivamente sensible, sintió inmediatamente los efectos del rapé, y el asombrado Stanley emitió un par de estornudos tan sonoros y tan fuertes que levantaron un vendaval en torno suyo. El rapé que contenía la cajita y que en tiempos lejanos había sido usado por uno de sus antepasados más ilustres, se levantó en pequeños remolinos, y como el rostro de Hardy no andaba demasiado lejos recibió una buena parte de aquél. Cuando, terminado el accidente y la crisis de estornudos que ello trajo consigo, Stanley pudo contemplar la sonrosada faz de su compañero, se quedó mudo de espanto al ver que toda ella estaba cubierta por el polvo negro que acababa de desaparecer misteriosamente de la histórica cajita. Iba a balbucear unas palabras de disculpa al ver la feroz expresión con que Hardy le estaba contemplando cuando el rapé absorbido por las narices de Hardy empezó a hacer efecto. Un terrible estornudo y luego otro y otro. El cuerpo de Oliver, que continuaba sentado en el pretil del puente, se inclinó peligrosamente hacia atrás... y antes de que el atribulado Stanley hubiese tenido tiempo de detenerle ¡zas! él y gaita se precipitaron de cabeza al manso riachuelo que corría por debajo del puente.

Entonces sucedió algo asombroso.

La inmensa mole que constituía el cuerpo de Hardy, junto con la gaita que su amigo acababa de recibir en herencia, llegaron al fondo del agua, sin que los efectos producidos en las fosas nasales del primero por el maldito rapé, se aminorasen lo más mínimo. Cabeza abajo y con la nariz incrustada en uno de los tubos de la gaita continuó el infeliz Hardy su concierto de estornudos cada vez más fuertes, cada vez más estentóreos y espasmódicos, al mismo tiempo que el agua absorbida por los tubos de la gaita se precipitaba hacia lo alto en artísticos surtidores proporcionando una ducha completamente gratuita e inesperada al infeliz Stanley, que desde lo alto del puente había cometido la imprudencia de asomarse para ver la triste suerte que el destino le tenía reservada a su amigo.

Aquel juego de entornudos y surtidores duró cerca de cinco minutos, al cabo de los cuales la fuerza de unos y otros fué cediendo lentamente, el "glu glu" continuo del agua fué aminorando... y el desgraciado Hardy, que estaba a punto de ahogarse, vió con el consiguiente asombro y alegría que el agua del riachuelo se había secado completamente y que, por lo tanto, se hallaba enteramente a salvo.

A cambio de aquéllo, su amigo Stanley y todos los transeúntes que

se habían arriesgado a pasar el puente durante aquellos minutos que podrían llamarse de "lluvia terrestre", estaban mojados de pies a cabeza y tiritando, mientras el agua del riachuelo no había hecho más que cambiar de sitio. Ahora, en lugar de pasar por debajo del puente

estaba encima del mismo. Aquella vez Stanley salió con vida de los brazos enfurecidos de su amigo, pero sería aventurado suponer que la suerte le fuese tan propicia si volvía a cometer alguna otra torpeza de tan graves consecuencias.

CAPITULO II

Diez minutos después, Stanley y Oliver se hallaban en el cuarto de la fonda. El segundo se había quitado los pantalones y tendiéndolos a su amigo acababa de ordenarle olímpicamente:

—Ponlos a secar en la chimenea.

Laurel obedeció. Cogió la prenda y la colgó cerca, muy cerca de la pequeña chimenea que la amable fondista había tenido la gentileza de encender en su cuarto. Allí se irían secando lentamente. Se acercó luego a la cama en donde Hardy había ido a tenderse para descansar de las fatigas e incidencias de la dura jornada y con aquel gesto humilde y ademán temeroso con que acostumbraba hablarle cuando lo sabía enojado, inquirió:

—¿Qué te parece que hagamos, Oliver?

—Esperaba esa pregunta—repuso el amigo, malhumorado—. Siempre que se te ocurre meternos en algún lío recurras a mí para que sea yo quien aguce el ingenio para salir de él.

—¡Pero si yo no tengo la culpa! —se atrevió a objetar el pobre Stanley a punto de echarse a llorar.

—¿Qué quiere decir eso de que no tuviste la culpa? Si no hubieses sido tan ambicioso no estaríamos aquí. Allí en la cárcel estábamos confortablemente, y cuando sólo nos faltaba una semana para salir se te ocurre meterme en la cabeza la idea de que nos fugásemos, y todo para emprender este descabellado viaje, al final del cual nos esperaba una gaita y una caja de rapé.

—Lo mejor que podríamos hacer es volver a América de polizo-

nes y presentarnos en la cárcel otra vez para decirle al director cuánto sentimos haberle dado ese disgusto. Tal vez nos vuelvan a dar la misma celda. Siempre estaremos más cómodos que aquí.

—Si regresásemos, el director nos castigaría a cadena perpetua por fugarnos. Por supuesto, esta proposición no podía salir de otro cerebro que del tuyo. Eres un idiota.

—Bueno, bueno, no te enfades. Podemos, si quieres, irnos a otra cárcel donde el director no nos conozca. Cumplimos la semana que nos falta sin que se entere nadie. Saldamos nuestra deuda con la ley y ya no tendremos que preocuparnos.

—Aunque fuésemos a cualquiera de las cárceles de aquel Estado el director nos encerraría para toda la vida. Aun más. Nos mandaría ahorcar.

Aquellas palabras terroríficas no hicieron gran mella en el ánimo de Laurel que continuó impertérrito, empeñado en hallar alguna solución a su situación angustiosa.

—¿Y si nos fuésemos a otro Estado? ¿Sabes qué podríamos hacer? Irnos lejos, a las regiones del Oeste, donde no nos encontrarían.

—¿Y a qué parte del Oeste?

—A Filadelfia, por ejemplo, o a Jersey City. A uno de esos Estados

en donde no existen leyes de "extratraducción".

—¿Qué quieres decir con eso de "extratraducción"?—inquirió Stanley, asombrado.

—Que aunque la policía supiera donde estábamos no podría venir a cogernos si nosotros no quisiéramos.

Oliver, entre otras muchas virtudes, poseía la de la sinceridad en grado superlativo. De la misma manera que no tenía inconveniente alguno en calificar de idiota a su amigo en sus mismas narices cuando éste se lo merecía, tampoco cuando se le ocurría alguna idea verdaderamente aprovechable—cosa que desgraciadamente sucedía muy raras veces—tenía inconveniente alguno en reconocerlo sinceramente. Fué con una explosión de verdadera alegría que le dijo, dándole una amistosa palmadita en la mejilla:

—Stanley, querido amigo, acabas de tener una idea genial. Tan pronto como mis pantalones estén secos formaremos nuestros planes.

Se detuvo para husmear ansiosamente. A su fino olfato acababa de llegar el olor característico de ropa quemada. Miró hacia la chimenea y de su garganta salió un grito de espanto. Su amigo había colocado los pantalones tan cerca del fuego que éste los había alcanzado y en

lugar de secarlos los estaba quemando "a fuego lento".

—¿Qué es lo que has hecho, imbécil? ¡El único par de pantalones que tenía en el mundo y mira lo que queda de ellos!—exclamó el indignado Oliver corriendo hacia la chimenea y apoderándose de la prenda de ropa mencionada, cuyos calzones habían quedado reducidos al tamaño de unos pantaloncitos de niño.

* * *

El señor Miggs había hecho bien en confiar la solución del problema amistoso-amoroso al talento y la astucia de la hermana de McGregor. Alan, el enamorado Alan, fué el primero en recomendar a Laura que accediese a trasladarse a la India para cumplir así los deseos póstumos de su honorable abuelo. Una vez allí—le dijo—podrían seguir comunicándose por carta vertiendo en el blanco papel todas las ternuras y todos los juramentos de amor que se les ocurrieran; podrían contarse paso a paso, minuto por minuto, todos los detalles de su vida y transcurrido el tiempo reglamentario, una vez hubiese ella llegado a su mayor edad y entrado en la posesión de la herencia, él mismo, Alan, su adorado Alan, iría en persona a buscarla. Entretanto seguiría

de pasante al lado del señor Miggs que tan bueno se había mostrado siempre con él, aprendiendo y haciéndose hombre para, en un porvenir no muy lejano, poder labrarse una posición decorosa por sus propios medios.

Laura inclinó la cabeza, resignada. Cuando su adorado Alan tenía el valor de aconsejarle la separación es que debía ser necesaria para su felicidad futura. La hermana de McGregor se encargó de hacer las maletas precipitadamente y dos días después de la lectura del testamento ambas mujeres dispusieron su marcha. El momento de la despedida fué en extremo patético.

Estrechamente abrazados a la puerta del castillo Alan y Laura, sin hacer ningún caso de la lluvia que caía a raudales mojándoles completamente, se repetían una vez más todas las palabras amorosas que desde hacía años venían diciéndose diariamente.

—¡Laura, ya sabes que te quiero más que mi vida!

—¡Alan, Alan, amor mío, no quiero separarme de tu lado!

Se hacía tarde. La señora McGregor, un tanto impaciente, separó a la enamorada pareja y condujo a la joven hasta el coche sin hacer caso de sus protestas.

—¡No quiero ir, no quiero ir! —repetía la joven incesantemente,

como si en lugar de llevársela a la India en un viaje de recreo la condujeran a la horca.

Partió el coche, raudo y veloz, llevándose a la amada deshecha en lágrimas. Los ojos de Alan estaban también llorosos y tristes. El señor Miggs, compadecido, se acercó a su ayudante y poniéndole la mano en el hombro dijo dulcemente:

—Vamos, Alan, no hay que ser así. Ya eres un hombre y, por lo tanto, debes saber mostrarte fuerte. Al fin y al cabo no es una despedida eterna...

Tres semanas después de haber ocurrido esos sucesos, los infortunados Stanley McLaurel y Oliver Hardy habían llegado a una situación punto menos que desesperada. Oliver, obligado a permanecer en la habitación por carecer de una prenda de vestir sin la cual no podía salir a la vía pública so pena de ofender a la moral y a las buenas costumbres, veía transcurrir lentamente las horas mientras que su alelado amigo, abandonado por completo a su propia iniciativa, salía cada mañana y cada tarde a hacer su acostumbrada ronda por el pueblo en busca de un par de pantalones, y, como no tenía dinero para comprarlos y por otra parte no se atrevía a correr el riesgo de robarlos, Oliver llevaba camino de eternizarse en aquella habitación de la

fonda que, a pesar de ser soleada, espaciosa, empezaba a parecerle un calabozo.

Aquella mañana, Laurel había sido más afortunado que de costumbre. No había logrado conseguir unos pantalones, pero en cambio se traía un pescado conocido vulgarmente por el nombre de bacalao y que en aquella tierra—Escocia—tenía el mismo sabor que un pescado fresco. Entró cautelosamente en la fonda deseando evitar las preguntas de la posadera, que podían resultarle de fatales consecuencias, pero sus precauciones resultaron totalmente estériles. La aludida señora, que había estado espiando su llegada, le salió al encuentro para preguntarle con cierto retintín de burla:

—¿Dónde está el señor Hardy? No lo he visto hace tres semanas.

—¡Oh!—repuso Stanley poniendo los ojos en blanco.—Está muy malito, muy malito.

—¡Caramba! ¿Y qué tiene?

—Pues verá usted, el día que se cayó al agua cogió un gran resfriado que se ha convertido en *bronca demonia*.

—¿Y está... muy grave?

—Muy grave, sí, señora. Lo único que se le aguanta en el estómago es una bolsa de agua caliente.

—¡Caramba, caramba, qué contratiempo! —comentó la posadera

sin dejar de sonreír burlonamente.

—Sí, hace tiempo que se queja de eso.

—Bueno, dele mis recuerdos y de paso entréguele esto.

Y como viera que Stanley ponía cara de alelado, agregó:

—Es la factura de tres semanas de alquiler del cuarto. Ya se me acabó la paciencia y no espero más tiempo su dichosa herencia. Que se alivie en esta bronca demonia que padece y paguen ustedes pronto, si no quieren que yo les arme otra bronca mucho más fuerte.

—Precisamente hablábamos de esto esta mañana. Voy a verle y espero no tardaré en bajar con el dinero—aseguró el infeliz Stanley cogiendo la factura y empezando a subir las escaleras.

Llegó a la puerta de su cuarto, llamó con los nudillos; una voz cavernosa contestó desde dentro:

—¡Adelante!

Era la voz de Oliver que, tendido tranquilamente sobre la cama, estaba silbando un aire de opereta y que al oír la llamada se había apresurado a ponerse la bolsa de agua caliente encima de su estómago al mismo tiempo que se envolvía la frente con un paño blanco e intentaba traducir en su rostro orondo y satisfecho un dolor imaginario.

—Soy yo—oyó que le respondía su amigo.

—¡Adelante! —ordenó Oliver con voz de ultratumba.

Entró Stanley cargado con el pescado.

—¿De dónde vienes?

—La patrona me ha entregado esto. Es la factura de tres semanas—fué la desoladora respuesta.

Hardy la rechazó con olímpico desprecio.

—Tenemos algo más importante en que ocuparnos. ¿Trajiste mis pantalones?—inquirió.

—No, pero he traído provisiones.

Y diciendo esto puso ante los asombrados ojos de su amigo el tan codiciado pescado. A la vista de aquello el debilitado estómago de Hardy sufrió un espasmo de alegría.

—¿Qué? ¿Dónde lo hallaste? —inquirió.

—Lo he cambiado por nuestros abrigos.

—Siempre has de ser igual—reprochó el inflexible Oliver—. Pienzas sólo en tu estómago y te olvidas de mi dignidad. ¿Y cómo lo vas a guisar ahora?

—No sé. No se me ha ocurrido todavía.

—No, claro que no. Una vez más, como tantas otras, he de acudir en tu ayuda y ser, como siempre he sido, tu paño de lágrimas.

Se levantó del lecho y se acercó

a la cómoda. Stanley, que le seguía con los ojos, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a guisar el bacalao.

—¿Con qué fuego?

—Con éste—repuso Hardy, mostrándole la débil llamita de una vela encendida que había sobre la cómoda.

—Tengo una idea que es mucho mejor que un paño de lágrimas—insinuó Stanley atrevidamente.

—¿Y qué es?

Laurel, por toda respuesta se acercó a la cama, levantó el colchón y señalando el sommier con el índice exclamó:

—¡Esto! Esto puede servirnos de parrilla. Pondremos el bacalao encima y la palmatoria con la vela debajo.

La idea había sido esta vez tan genial que Oliver se sintió avergonzado de no haber sido él el que la lanzase. Adoptó un gesto de hipócrita indiferencia y dijo:

—Es precisamente lo que yo pensaba hacer. Ahora, dame el bacalao.

Stanley le entregó el pescado, que Hardy colocó cuidadosamente encima del sommier. La vela fué colocada debajo, y realizado este trabajo sólo faltaba esperar un poquito, el tiempo indispensable para que el fuego hiciese su obra para comerse el bacalao con la misma

fruición y deleite que si se tratase de un pavo trufado.

—Vigila tú el bacalao con el fin de que no se achicharre—recomendó Hardy.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a poner la mesa—se limitó a contestar el otro, lacónicamente.

El ingenio de Hardy iba a ponerse una vez más en evidencia. Colocó dos sillas una frente a otra, echó mano de un cajón de la cómoda, lo colocó encima de las sillas cabeza abajo y procurando que el respaldo de las mismas entrase en el cajón, cogió el blanco, aunque no muy limpio, cubrecama y lo extendió sobre la mesa improvisada, y como si esto fuera poco, dos platos antiguos que adornaban las paredes del cuarto de la vieja posada, le brindaron también su auxilio. Sólo les faltaban cubiertos, pero esta pequeña deficiencia podría ser fácilmente subsanada con el empleo de los dedos.

Mientras tanto, el bacalao, vigilado por el ojo atento de Stanley, iba asándose a fuego lento, y como Laurel, constituido en cocinero improvisado, tenía el acierto de ir sazónándolo con el jugo del mismo que caía sobre la palmatoria mezclándose con la cera, ni que decir tiene que el plato prometía resultar un manjar succulento. Cuando la mesa

estuvo puesta y preparada para recibirlo, Hardy preguntó a su amigo:

—¿Qué tal está esto?

—En su vida ha estado mejor que ahora—filosofó su amigo.

—Bueno, pues tráelo ya, que tengo un hambre atroz.

El pescado fué llevado a la mesa con todos los honores, pero sea porque aquella forma tan original de cocerlo no se le había sentado demasiado bien, sea porque el bacalao en Escocia acostumbra encogerse, el caso es que el pescado había quedado reducido a mucho menos de la mitad después de la prueba del fuego a que había sido sometido, y Hardy, al verlo, no pudo retener un gesto de desolada sorpresa.

—¿Y dónde está el resto?—inquirió sin atreverse a creer lo que veían sus ojos.

—Se ha consumido.

Hardy movió la cabeza tristemente.

—Menos mal que no se te ocurrió traer una sardina—comentó.

Se sentaron ambos, y en seguida Stanley, que toda su vida había sido un manojo de nervios, empezó a dar señales de impaciencia. No se encontraba cómodo en la silla y todo era querer rectificar su posición y la colocación de ésta. Se levantó tres o cuatro veces para volver a sentarse, intentó acercarse más

la improvisada mesa, para cambiar en seguida de parecer y volver a apartarla. Tantas cosas hizo y tanto se movió que, como era de esperar, originó la catástrofe. La silla se inclinó, cayó al fin, arrastrando en su caída la mesa, y con ella manteles, platos y la silla de Hardy con su orondo ocupante, sin olvidar el bacalao. El estruendo que allí se armó fué de tal calibre que repercutió espantosamente en toda la casa y la caída de Hardy con todo su peso, originó el desprendimiento de un pedazo de yeso del techo del piso inferior, o sea el hall de la posada en donde se hallaban reunidos unos cuantos huéspedes jugando al tute. La posadera soltó un grito, acompañado de unos cuantos “tacos” en lengua escocesa y salió de estampía corriendo escaleras arriba para ver por sus propios ojos la catástrofe que acababa de originarse en el piso superior.

Arriba, en el cuarto, Laurel y Hardy se habían apresurado a remediar en lo posible lo ocurrido, escondiendo precipitadamente el cajón roto y colocando las sillas en sus sitios respectivos. Rápido como un relámpago, Hardy se había apresurado a meterse de nuevo en la cama y a quejarse de grandes dolores imaginarios.

—¡Ooooh! — pronunciaban los gordezuelos labios de Oliver mien-

tras se colocaba nuevamente la bolsa encima del estómago—. ¡Ooooh!

La posadera llamó furiosamente a la puerta, amenazando reclamar el auxilio de un huésped para que la derribase si se negaban a abrirla. No hubo más remedio que obedecer. Temblando de pies a cabeza como un azogado, el infeliz Laurel se dispuso a dejar el paso franco a la furia, mientras Hardy, tendido en la cama y con expresión doliente, seguía quejándose...

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué han hecho ustedes?

Entonces ocurrió un extraño fenómeno. Hardy, que seguía tendido en la cama emitiendo unos ¡Ooooh! cada vez más sonoros, empezó de pronto a gritar con todas sus fuerzas haciendo uso de todas las quejas y todas las exclamaciones del diccionario. Los ¡ay! se sucedieron a los ¡oh! y a éstos los ¡uy! para acabar emitiendo unos sonidos guturales que en nada se parecían a un grito humano. En seguida, dando un prodigioso salto sobre el colchón puso pie en tierra y empezó a correr arriba y abajo de la estancia con las manos colocadas... en cierta parte muy comprometida de su cuerpo. La posadera, aterrada, vió entonces cómo salía del colchón un humo espeso revelador de que éste se estaba quemando. Se agachó un poquito y sus ojos tuvieron

ocasión de ver que una mano aleva había colocado la palmatoria con la vela encendida debajo de la cama... ¡Era la vela que Laurel y Hardy habían empleado unos minutos antes para asar el bacalao y que se habían olvidado de quitar de allí! La parte antes aludida del cuerpo de Hardy, que había sufrido sensibles quemaduras, podía dar buena fe de ello. Pero la indignada fondista no quiso darse por enterada de aquella desgracia y en su refinado egoísmo sólo quiso atender a la catástrofe que los dos huéspedes habían provocado empezando a gritar desaforadamente.

—Pero, ¿qué hacen ustedes? ¡Apaguen eso! ¡Me van a quemar toda la casa! ¡Apáguenlo! ¡Mi casa, mi casa! ¡Hagan algo para apagarlo! ¡Pronto!

Es innecesario decir que ni Hardy ni Laurel hicieron nada para ayudarla. El primero porque bastante ocupado estaba en apagar el fuego que llevaba encima, el segundo porque en aquel momento de tribulación no se le ocurrió otra cosa mejor que acudir al supremo recurso de las lágrimas, echándose a llorar como un chiquillo.

Un cuarto de hora después Laurel y Hardy eran arrojados ignominiosamente a la calle por la feroz posadera. Hardy hubo de pasar por la gran vergüenza de salir a la vía

pública con camisa de dormir y americana. La falta de una de las prendas más esenciales del vestuario masculino, los pantalones, le obligó a exponerse a ser tomado por un comparsa de carnaval en pleno mes de enero y, de paso, a coger una pulmonía.

No contenta con ponerlos en aquel terrible aprieto, aun tuvo la posadera la crueldad de obsequiarles con unos cuantos epítetos malsonantes.

—¡Cochinos y estúpidos extranjeros! ¡Largo de mi casa! ¿Qué es esto? ¿Intentan ustedes coger las maletas? ¡Oh, no, no, eso sí que no! Me quedo con ellas hasta que me paguen.

La desesperación del pobre Oliver al verse en aquella posición tan desairada, él, tan cuidadoso siempre de su persona y de su indumentaria, se tradujo en una carcajada histérica mucho más terrible y reveladora de un espantoso estado de ánimo, que las continuas lágrimas de su compañero.

—¿Por qué te ríes así?—se aventuró a preguntarle éste, un tanto asustado, temiendo que su amigo se hubiese vuelto loco.

—¿Acaso no tiene gracia?—repuso el otro sin dejar de reírse—. Heme aquí. ¡Oliver Norville Hardy, un hombre que no tiene hogar, un hombre que no tiene patria, un

hombre que no tiene ni pantalones!

—Pues yo no le encuentro ninguna gracia—balbuceó Laurel, cada vez más asustado.

—¿Y quién dice que la tenga?

En aquel preciso instante un muchacho del pueblo pasó junto a ellos y sin decirles nada les entregó unos prospectos. Iba ya Hardy a tirarlos creyendo que sería algún anuncio de un remedio contra los callos o los sabañones, cuando sus ojos tropezaron con unas palabras que tuvieron la virtud de serenarlo. Leyó el anuncio ávidamente y no pudo retener una exclamación de alegría. Un sastre—deseoso seguramente de hacerse clientela—ofrecía la entrega inmediata de un traje a pagar dentro de tres meses y a plazos. Aquel anuncio lo debió redactar seguramente un ángel del cielo para ayudar al atribulado Hardy.

—¡Esto es maravilloso, Stanley! ¿Te has fijado? ¡Un traje gratis! ¡Podemos obtener un traje nuevo completamente gratis! Vamos, vamos allá inmediatamente.

Salieron disparados en dirección a la casa del sastre: se metieron de rondón en la tienda. Un señor respetable, con el aire inconfundible de los de su oficio, les salió al encuentro.

—Buenos días, caballeros, ¿qué se les ofrece?

—Pues... hemos decidido aceptar

su oferta y venimos a que nos tomen la medida.

—Ya... ¿Tendrán la bondad de poner sus firmas al pie de estos papeles?

Los dos amigos se apresuraron a cumplir aquel requisito.

—Ahora quisiéramos que nos tomasen la medida en seguida—insinuó Hardy pensando en la ausencia de sus pantalones y en la posibilidad de que fuera a parar a la cárcel si se atrevía a salir de nuevo a la calle con aquella original indumentaria.

—Tengan ustedes la bondad de seguirme—dijo entonces uno de los dependientes.

Laurel y Hardy le siguieron. El dependiente los introdujo en una habitación vecina en donde los dos amigos esperaban encontrar al probador de la casa. Mucho se sorprendieron al ver un sujeto vestido de militar sentado frente a una mesa y escribiendo.

—Comandante, dos parroquianos más—dijo el hombre, y sin añadir más se dirigió de nuevo a la tienda.

—Acérquense—ordenó el militar.

Stanley y Oliver obedecieron.

—Aquí tienen el chelín del rey—dijo, entregándoles unas monedas.

—¿Para qué es esto?—inquirió Hardy sin atreverse a creer que en-

cima de hacerles un traje gratis les regalasen dinero.

—Esto es para sellar el trato. Desde ahora se hallan en servicio de Su Majestad.

Laurel y Hardy se miraron estupefactos.

—¿Qué dice usted?

—Que han ingresado en el Ejército.

—¿Pero qué tiene que ver esto con el Ejército?—inquirió Hardy, sacando el anuncio del bolsillo y mostrándoselo al militar.

—¡Oh! Esto es de la sastrería del primer piso.

—Seguramente ha habido un pequeño error. Verá usted: nosotros hemos venido a que nos tomen medidas de un traje.

El militar les miró, sonriendo.

—No se preocupen. Les daremos un traje del que se sentirán orgullosos.

Y sin esperar a que los infelices visitantes salieran de su asombro se dirigió a uno de sus subordinados.

—Sargento, lleve a estos hombres a que los reconozca el médico y luego acompañelos al cuartel.

Y viendo la cara de alelados que ponían ambos, conminó:

—¿No habéis oído lo que acabo de ordenaros?

Laurel y Hardy decidieron entonces seguir al sargento. El prime-

ro, mirando a su amigo con ojos acuosos y asustados, le preguntó:

—¿No será que se están riendo de nosotros?

—¡Pues claro que se ríen de nosotros!—repuso Hardy con suficiencia—. Están corriendo el gran bromazo a costa nuestra.

—Pues digámosles que estamos enterados de la broma.

—¿Es que no has oído lo que dijo ese hombre? Se están corriendo el gran bromazo, como ya te he dicho, pero no te quepa duda alguna de que hemos ingresado en el Ejército.

Se detuvo para echarle a su infortunado compañero una mirada fulminante. Este, como siempre que se veía en un apuro, había adoptado el partido de empezar a lloriquear ridículamente mientras iba diciendo:

—¡Pero yo he venido aquí a que me hagan un traje y no a que me hicieran poner un uniforme!...

Y así fué cómo Stanley McLaurel, el afortunado heredero de una gaita gloriosa y una caja de rapé histórica (que en aquel momento yacían abandonadas en el cuarto del hotel) y Oliver Norville Hardy, fueron incorporados al ejército de Su Majestad Jorge V, Rey de Inglaterra e Irlanda y Emperador de la India, el Monarca más poderoso de la tierra.

Cuando Oliver y Stanley salieron del departamento de equipamiento del cuartel estaban irreconocibles. Vestidos con el tan conocido uniforme de soldado escocés, con las clásicas falditas cortas y las piernas al aire, la americana caqui y el pequeño gorrito, estaban poco menos que arrebatadores y desde luego ofrecían un aspecto *terriblemente belicoso*. El uniforme les estaba tan maravillosamente que casi se olvidaron de la comprometida situación en que se hallaban.

—¡Oliver!—inquirió Laurel—. ¿No sientes un poco de aire en las piernas?

—¿Y eso qué importa?—repuso su amigo con optimismo—. Después de tantas calamidades todo me es indiferente.

Entretanto, en el despacho del notario Miggs, un hombre joven y enamorado veía transcurrir los días consumiéndose de impaciencia. Este hombre era Alan. Más de tres semanas habían transcurrido desde la partida de su adorada Laura y todavía no había recibido ni una noticia. El estado de febril impaciencia en que se hallaba, esperando de un momento a otro el telegrama o la carta que no llegaban nunca, tenía que repercutir forzosamente en su trabajo. El, siempre tan cuidadoso, desde hacía unos días no

hacía otra cosa que cometer disparates.

—Este es el tercer documento que me estropeas en una semana—deploró el bueno del notario tratando en vano de asumir un aire severo.

—Sí, ya sé, señor Miggs, pero yo, yo...

—No sé lo que te pasa que no das pie con bola. Yo bien quisiera guardarte, pero en estas últimas tres semanas no sé qué te pasa que no das pie con bola.

—Sí, tiene usted razón, señor Miggs, pero yo, yo...

Llamaron a la puerta. Era la hora que el cartero acostumbraba repartir la correspondencia. Alan se precipitó a abrir la puerta. Era, en efecto, el cartero, pero la tan esperada carta no había llegado. El muchacho se resistía a creerlo.

—¿Está seguro de que esto es todo? ¿No hay ninguna carta para mí?

—Lo siento mucho, hijito, pero eso es todo.

Alan bajó la cabeza descorazonado. Un día más perdido a la esperanza. El pobre joven estaba viviendo unos días de dolorosa angustia. Sabía que Laura había llegado bien a la India, pero nada más. Ni una carta suya, nada, nada...

Volviéron a llamar a la puerta. Esta vez eran dos bravos soldados

escoceses, de rostro sonriente y optimista. El señor Miggs, al verlos, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Aquellos bravos defensores de la patria eran nada menos que el nieto de Agustín McLaurel y su amigo. Casi no se atrevía a creerlo.

—¿Cómo van ustedes vestidos de esa manera?

—Es que hemos sentado plaza—repuso Oliver.

Luego, pavoneándose ridículamente, agregó:

—¿Qué tal estamos?

El señor Miggs no pudo menos de soltar la carcajada.

—¡Dios salve al rey!—exclamó.

—Venimos a solicitar un pequeño favor de usted, señor Miggs.

—Concedido de antemano si está en mi poder otorgárselo. ¿Qué es ello?

—Pues verás: como nos marchamos en seguida de aquí, si alguna carta llegase para nosotros, ¿tendría la bondad de enviarla a esta dirección?

—Con mucho gusto. Déjenme ver. Soldado McLaurel, soldado Hardy, tercer batallón del Regimiento de Caledonia, Pellore, provincia de la Frontera, Noroeste, India... ¡Hombre, qué coincidencia! Esa es precisamente la plaza que manda el coronel McGregor. Si ustedes ven a su hermana y a la se-

ñorita Laura McLaurel, ¿querrán darles mis más afectuosos recuerdos?

—Con muchísimo gusto, sí, señor. Y ahora, adiós, señor Miggs; adiós, señorito Alan...

Iban a marcharse, pero el joven pasante les detuvo.

—¡Esperen!

Se volvió hacia el señor Miggs. Su rostro, un momento antes triste y pálido, estaba ahora animado por una expresión de inmensa alegría.

—Ya encontré la solución, señor Miggs. Perdóneme, sé que le debo a usted cuanto soy, pero como se trata de algo superior a mi propia vida... Señor Miggs, yo no puedo seguir en esta espantosa incertidumbre. Quiero saber, necesito saber qué es lo que le ha ocurrido a Laura para que permanezca en este mutismo inexplicable, sin contestar ninguna de mis cartas. Déjeme usted ir a la India, señor Miggs, déjeme sentar plaza para el mismo regimiento que estos señores...

Una sonrisa bondadosa iluminó el afable semblante del notario.

—Hijo mío, ya sabes que no he de interponerme en tu camino. Ve a

la India si quieres, y cuando vuelvas a mi lado encontrarás siempre el apoyo que necesitas.

—Gracias, gracias, señor Miggs. No esperaba menos de usted. Voy a enrolarme en seguida. Volveré a recoger mis cosas y despedirme. Hasta ahora...

Salió el joven. El señor Miggs se quedó solo en su despacho. Se acercó a la ventana y contempló tristemente la juvenil silueta del joven que se alejaba acompañado de los dos amigos vestidos de soldados. La calle del pacífico pueblecillo estaba cubierta de un blanco sudario de nieve. El frío era intensísimo y la gente permanecía en el interior de las casas. El señor Miggs permaneció con la frente apoyada en el vidrio de la ventana hasta que el grupo formado por los tres hombres desapareció de su vista, suspiró profundamente y murmuró, con un deje de melancolía, pensando tal vez en la época lejana en la que también él habría sido capaz de un arranque semejante:

—¡Ah! ¡Qué loca, qué loca y qué hermosa es la juventud! ¡La India, visitar la India!

CAPITULO III

En aquella India milenaria y misteriosa, que a pesar de los avances de la civilización ha sabido conservarse fiel a su fe y a sus costumbres, guardando celosamente en sus arcanos las enseñanzas y doctrinas legadas por una civilización cien veces milenaria, aquellas doctrinas y costumbres que los hombres de occidente, los hombres de la odiada raza blanca llamaban despectivamente supersticiones, vivía desde hacía unas semanas Laura McLaurel, quien, cumpliendo las últimas voluntades de su tío había accedido por fin a ir a reunirse con su tutor hasta el día en que alcanzase la mayoría de edad.

La dulce y gentil escocesa había sido recibida por la colonia inglesa con un entusiasmo delirante, al cual no era del todo ajena la inmensa fortuna heredada últimamente, que la convertía en una de las mujeres más ricas de Europa.

Aquella mañana la joven había salido a dar un largo paseo a caballo con su tutor, el brillante y apuesto coronel Jorge McGregor, hacia el cual se había sentido atraída desde el primer día por una corriente de vivísima simpatía.

Y es que McGregor, además de su juventud y su valentía bien probadas, era el verdadero prototipo del gentleman inglés; galante, respetuoso, cumplido, amable con todo el mundo, sobre todo con los soldados de su Regimiento que le adoraban, pundonoroso como militar y como hombre, entusiasta de su carrera, valiente... y guapo. No es, pues, de extrañar que todas esas cualidades reunidas predispusieran el ánimo de la gentil escocesa en favor de un tutor tan joven y tan simpático. Lo extraño habría sido que sucediese lo contrario.

Llegaron Laura y su acompañante al pie de la escalinata de uno de los más concurridos restaurantes de Pellore, la plaza mandada por el coronel McGregor, el joven militar que con un puñado de valientes soldados defendía y representaba allí el más grande imperio del mundo. Se apearon de los caballos y corrieron al encuentro de Tina McGregor, ex condesa Ormsby, que les estaba esperando sentada en una de las mesas de la terraza.

—¿Qué horas de llegar son esas? —reprendió la hermana cariñosamente—. Sois lo más egoístas que

he visto. Os advierto, por si os interesa, que hace más de una hora que os estoy esperando.

Dos damas de la colonia estaban observando el trío formado por los McGregor y la gentil Laura McLaurrel y no daban paz a su lengua, dedicándose a la *piadosa* tarea de criticarlos.

—Es asombrosa la astucia de Tina en este asunto. Ella es la que está preparando el noviazgo. Su hermano y la joven escocesa no hacen más que seguirle el juego.

—No puede negarse que es un gran negocio para el coronel McGregor. Sólo con su sueldo su situación distaba mucho de ser brillante.

—Creo que ella tiene una dote respetable.

—¿Dote dice usted? En cuanto cumpla los veintiún años entrará en posesión de una de las más grandes herencias de Escocia. Entretanto el coronel es su tutor... y administrador.

—Entonces, si se casa con ella...

—¡Naturalmente! La boda es poco menos que un hecho.

—Tina es lista, realmente lista...

Entretanto, los tres "despellejados" seguían hablando animadamente en su mesa. El joven coronel McGregor miraba tiernamente, amorosamente, a aquella gentil escocesa confiada a su custodia, y ésta

le devolvía la mirada con otra de simpatía y reconocimiento. Tina McGregor se limitaba a mirarles en silencio, muy resignada con su papel de "carabina" honoraria. Sus planes iban desarrollándose a pedir de boca. Si las cosas continuaban por aquel camino, dentro de uno o dos meses podría adjudicarse el título de cuñada de una de las mujeres más ricas de Escocia. La ambición del dinero tomaba una parte muy importante en el plan de Tina, pero también obraba impulsada por el deseo de que su hermano encontrase la felicidad merecida en el amor de aquella gentil escocesa tan buena y tan hermosa.

Un soldado vino a informar a McGregor que el general Fletcher acababa de llegar y deseaba verle en su pabellón. McGregor se apresuró a despedirse de sus acompañantes.

—Volveré tan pronto como pueda. No creo que me retenga mucho tiempo.

Cuando el joven hubo desaparecido, Laura se volvió a su amiga.

—Debes estar orgullosa de tu hermano, Tina. Jorge es un buen soldado y un perfecto gentleman.

—Pues claro que lo estoy, Laura. Mi hermano es lo que más quiero en este mundo. Pero me parece demasiado buen soldado. Yo quisiera que olvidase un poco las or-

denanzas del cuartel, las maniobras y se ocupase un poco más de sí mismo, de su felicidad.

—El parece estar satisfecho...

—Eso es precisamente lo que quiero decir. Que está satisfecho de su vida y de su carrera y no tiene otra inquietud. Nada de cuanto pasa a su alrededor parece importarle. Sólo tu presencia ha logrado distraerle un poquito. Creo sinceramente que lo que necesita mi hermano es una esposa.

—Entonces debemos buscarle una sin pérdida de tiempo—repuso Laura, sonriendo—. Hace poco tiempo que lo conozco y, sin embargo, ya le tengo un gran aprecio. Es tal fácil quererle...

—Escucha, Laura, deja los disimulos ahora. Tú sabes perfectamente lo que quiero decirte. Jorge te adora y quiere que seas su esposa. ¿Por qué buscarle una mujer cuando tiene a su lado la que necesita? ¿Por qué no habrías de querer tú casarte con él? Tú misma acabas de confesar que le quieres.

—¡Oh, Tina! Temo que hayas dado una interpretación equivocada a mis palabras. Quiero mucho a tu hermano, es cierto, pero no como tú supones. Jorge es un gran chico, es agradabilísimo, simpatiquísimo... el mejor de los hombres, si tú quieres, pero jamás se me ha ocurrido la idea de que pudiera casarme con él.

ni pensar en él como marido, te lo aseguro. Tú sabes, tú sabes bien que mi verdadero cariño está en Escocia, y se llama Alan. Es un humilde pasante de notario, bien lo sé, pero no importa. Yo le quiero...

Tina hizo un gesto de impaciencia.

—¡Ah, cállate, Laura! Ya sabes que hemos prometido no hablar más de este asunto. Ese muchacho a quien tú persistes en seguir consagrando tus pensamientos no te ha escrito ni una sola vez desde que saliste de Escocia, a pesar de tus cartas, ni siquiera ha vuelto a pensar en ti. Estoy segura de ello. Eres demasiado tonta...

Laura bajó la cabeza tristemente.

—Tal vez tengas razón—repuso—. Soy tonta, he de olvidarlo, y estoy haciendo todos los posibles para lograr sobreponerme a mis sentimientos. Pensaré tan sólo en el futuro, por lo menos trataré de no pensar demasiado en él...

—¿Y en Jorge, no querrás pensar en Jorge? Laura, aunque él no me lo ha confesado todavía, estoy segura de que te adora. ¿Cómo podría ser otra cosa? Si vieras cómo te mira cuando tú estás distraída...

Laura sonrió.

—Bien, Tina; trataré de pensar en Jorge puesto que es tu deseo, pe-

ro no puedo asegurarte que logre olvidar... al otro.

Lo que el general tenía que comunicar a McGregor era una noticia de muchísima importancia. Una noticia que deseaba darle directamente y en secreto, pues en aquella bendita tierra hasta las paredes tenían oídos.

—¿Algún caso serio?—inquirió McGregor, preocupado al ver el gesto un poco hosco del general.

—Mucho. Complicaciones con el Maharaja Jutra.

—¿Otra vez este hombre? ¡Qué ganas tengo de encontrarlo en mi camino para darle una lección!...

—Precisamente he pensado en usted, que nunca se tropezó con él, para que actúe esta vez. Pienso enviarle al fuerte Kanma... Ya sé que no es muy divertido, pero el Khan es un sujeto peligroso y yo tengo plena confianza en usted. Quiero darle la oportunidad de un ascenso, que por otra parte tiene bien merecido. Sólo hay tres oficiales y un puñado de hombres en el fuerte y si ese individuo empieza a hacer de las suyas los matará como si fueran corderos. Tome las fuerzas que crea necesarias y trasládese con ellas a Ranmu.

—¿En seguida?

—El lunes, si quiere. Trate de calmar a Jutra, si ello es posible, pero si no se quiere avenir a razo-

nes, trátele con mano de hierro, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Entretanto el barco conduciendo el batallón escocés de relevo acababa de llegar al puerto y los flamantes soldados, entre los cuales se contaban Laurel y Hardy, empezaron a descender del barco. El infeliz Laurel, para demostrar una vez más que si por algo había venido a este valle de lágrimas era para ser el rigor de las desdichas, se había mareado terriblemente. El descenso por la pasarela a tierra fué tan accidentado que el saco en donde llevaban sus ropas y que Laurel había cargado sobre sus hombros con grandes dificultades, golpeó sucesivamente las cabezas de dos marineros, tres oficiales, cuatro soldados y por último el sargento del batallón, un sujeto de largos bigotes y malos modales a quien sus soldados habían bautizado con el *sugestivo* apodo de Cascarrabias. Sólo al hallarse de nuevo en tierra firme creyó Laurel que se había venido al mundo para algo más que para estar deseando la muerte a cada momento como le había estado sucediendo durante todo el viaje.

El sargento entró en el pabellón del general para anunciarle a éste y a McGregor que el batallón de relevo había llegado. Los dos militares se apresuraron a salir al pa-



—Yo no quiero abandonar Escocia ni apartarme de tu lado.



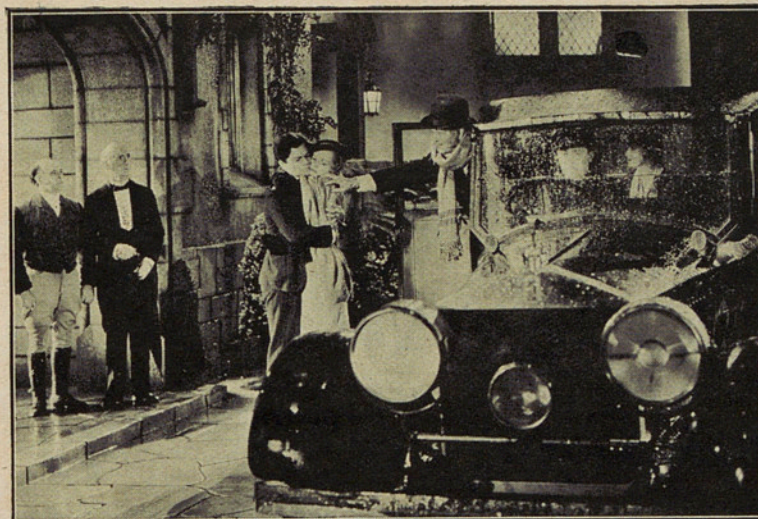
Un instante después entraban en la fonda.



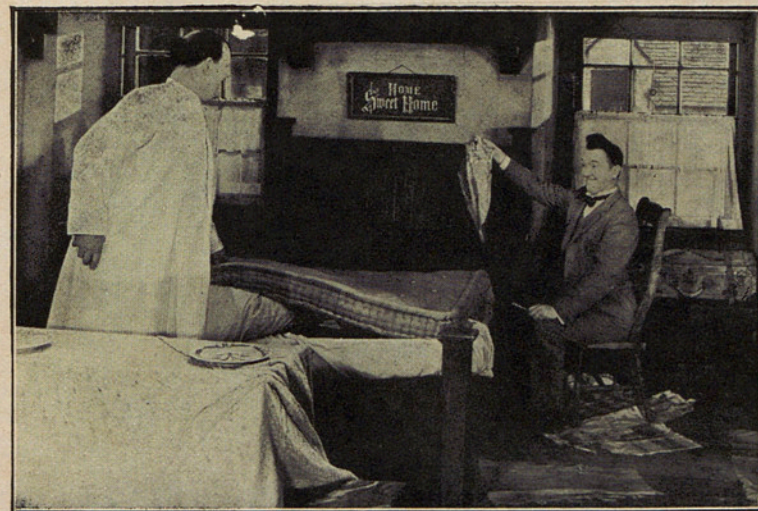
—Le ruego que perdone a mi amigo, guardia. Es forastero...



—Lo mejor que podríamos hacer es volver a América de polizones y presentarnos en la cárcel otra vez.



—¡Alán, Alán, amor mío, no quiero separarme de tu lado!



—Tráelo, ya que tengo un hambre atroz.



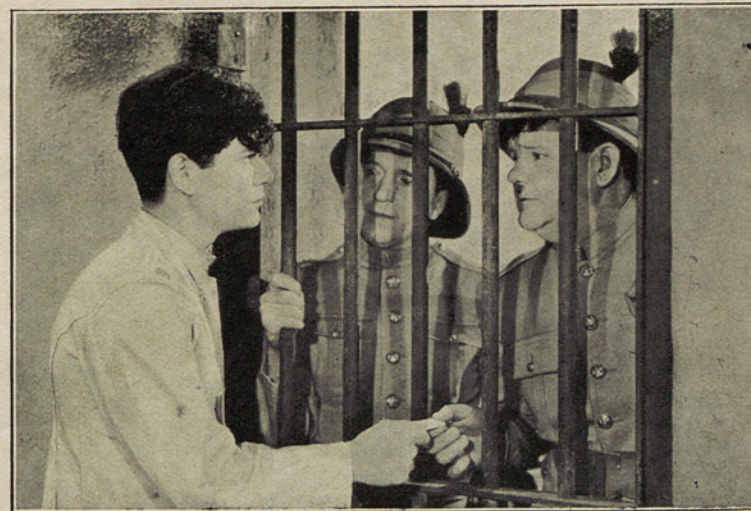
—Pero ¿qué tiene que ver esto con el ejército?



—¿Cómo van ustedes vestidos de esta manera?



Laurel se dedicaba a limpiar cuidadosamente la escopeta.



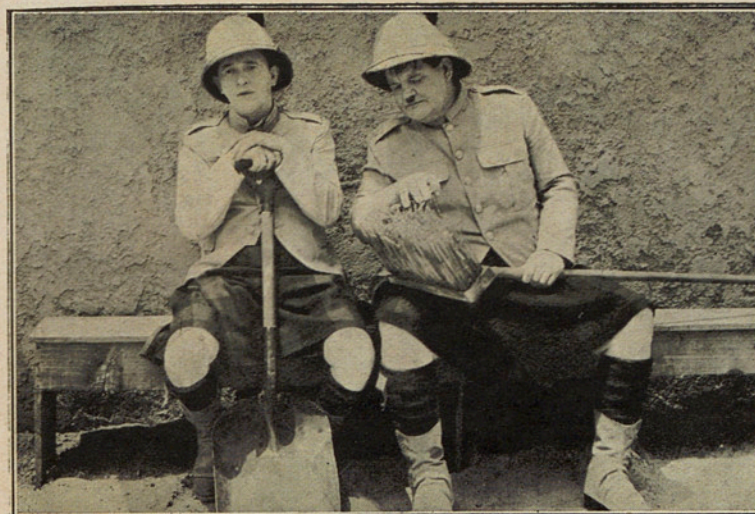
—Procurad encontrar a Laura y entregadle esta carta en seguida.



Oliver le atizó un puntapié.



Laurel se echó a llorar deconsoladamente sin que esta vez su amigo se tomase la molestia de consolarle.



Cogieron los útiles de limpieza y se dispusieron a dejar el patio más limpio que una patena.



Intra les había preparado un espléndido banquete.



—¿Para qué es esto?



—Un paso más y disparamos.

D O S F U S I L E R O S S I N B A L A

tio del fuerte en donde convenientemente formado les esperaba el nuevo batallón.

—Como coronel de este regimiento os doy la bienvenida a la India—dijo McGregor dirigiéndose a los soldados.

Y luego, volviéndose hacia el general:

—Mi general, ¿querría usted dirigirles la palabra?

—Sí quiero—aceptó éste.

Se dirigió a los nuevos soldados que habían llegado hasta aquella tierra lejana para defender el imperio de la nación británica, el vasto e inmenso imperio colonial cuya posesión había convertido a Inglaterra en la nación más rica y poderosa del mundo.

—Soldados de Inglaterra, quiero haceros dos advertencias. Primera, que quizás el peor y más encarnizado enemigo con quien habéis de luchar, mil veces más temible que el indio rebelde, es el sol, este sol de fuego patrimonio de esta tierra. La insolación puede matar a un hombre tan rápida y certeramente como la bala de un indígena. Y segunda, que tenéis que recordar que la India no es sólo una tierra de superstición, sino también una tierra de misterio. En ella veréis cosas que os parecerán sobrenaturales y que aun a nosotros los veteranos nos resultan difíciles de creer y,

desde luego, mucho más difíciles todavía de explicar. Por lo tanto, tendréis que aceptar como ciertas muchas cosas que a vuestros ojos parecerán, no sólo como faltas de razón, sino como total y absolutamente imposibles. Es todo cuanto tenía que deciros. Porque no creo necesario decir cuánto espero de vosotros, soldados de la patria, de vuestra valentía y vuestra voluntad para superar los obstáculos que se opongan a vuestro camino. No pretendo que seáis unos héroes, pero sí que sepáis poner vuestro espíritu de patriotismo y disciplina por encima de los desfallecimientos naturales que os han de asaltar durante vuestra campaña en la India.

Terminó el general su sencilla arenga llena de ponderación y buen sentido y entonces el oficial ordenó romper filas. Había llegado el ansiado momento de recobrar la libertad de acción y poder comunicarse unos con otros la impresión primera de su llegada.

Alan corrió hacia Laurel y Hardy para comunicarles que se disponía a ir inmediatamente al encuentro de Laura. En cuanto a éstos estaban preocupados por otros problemas mucho menos sentimentales que los de su compañero de milicia. Nada menos que pretendían saber quién estaba en posesión de la llave del cuarto que seguramente les te-

nían asignado de antemano. Y como el único que podía sacarles de dudas en aquel asunto era el sargento Cascarrabias, a él decidieron preguntárselo.

No fué pequeño el asombro de éste cuando se oyó llamar en la forma más irrespetuosa que puede concebirse por boca de dos de sus soldados.

—¡Eh, sargento! ¿Quiere usted venir?

Finlayson—que éste era el verdadero apellido de Cascarrabias—les echó una mirada fulminante.

—¿Qué es eso? ¿Qué es esa manera de llamarme?

—Queríamos saber dónde está la llave de nuestro cuarto—preguntó Hardy ingenuamente.

—¿Que dónde está la llave de vuestro cuarto?—repitió Finlayson sin atreverse a dar crédito a lo que oía.

—Sí; quisiéramos tomar un baño. Estamos rendidos y...

El pusilánime Stanley, que era el que había dicho esto, se detuvo francamente alarmado al ver la cara del sargento.

—¡Oooooh! — rugió más que dijo éste avanzando hacia ellos en actitud amenazadora—. ¿Pero es que os habéis creído que esto es el hotel Ritz? ¡Marchaos al cuartel antes que pierda los estribos! ¡Va-

mos! ¡Largo de aquí! ¡Habitación con baño nada menos! ¿Es que os habéis vuelto locos?

Como ni Stanley ni Oliver pertenecían al pelotón de los valientes, se apresuraron a desaparecer de la vista del amenazador sargento metiéndose en el cuartel; una vez allí y frente a las humildes camas que les habían asignado en el dormitorio común, pudieron percatarse que esto de ir a servir al rey no se reduce a cobrar una corona y vestir faldas en vez de pantalones. Se sentaron encima de la cama, y Laurel, que había sido siempre muy duro de mollera, decidió recabar el auxilio de su compañero para que le descifrara algo que le traía inquieto y desasosegado, mientras se dedicaba a limpiar cuidadosamente la escopeta.

—Dime, Oliver, ¿qué era eso que el general trataba de decirnos y que ni él mismo entendía? Todo aquello de los misterios y demás...

Pero esta vez la ayuda de su amigo de poco había de servirle. Tampoco él había comprendido.

—No sé, pregunta al viejo Cascarrabias—se limitó a contestar encogiéndose de hombros.

—¿A quién?

—A Cascarrabias...

Y Laurel, siempre tan ingenuo, gritó dirigiéndose a Finlayson:

—Sargento Cascarrabias, ¿quiere usted hacer el favor de venir?

—¿Es a mí a quién llamas?—rugió el aludido.

—Sí, señor—repuso Laurel flemático.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo me llamo Cascarrabias?

—Este—respondió Laurel señalando a su amigo.

—Pues enteraos de una vez y para siempre que me llamo sargento Finlayson. A ver, ¿qué querías tú?

—Únicamente saber lo que quería decir el general cuando hablaba de los misterios...

El sargento se volvió hacia los demás soldados para decirles haciéndoles un guiño expresivo:

—Vaya, muchachos, alegraos. Tenemos dos novatos... Por lo visto todavía no les han dado detrás de las orejas. Explicarles vosotros lo que quiso decir el general.

Los soldados soltaron una carcajada.

—Con mucho gusto, sargento. Ya nos encargaremos de ello. Pierda cuidado. Nosotros se lo explicaremos todo con pelos y señales.

El sargento sonrió satisfecho. Aquellos bravos veteranos se encargarían de vengar la afrenta inferida a su dignidad por aquel par de imbéciles que tenían el atrevimien-

to de llamarle Cascarrabias y tratarle como si fuese un criado. Si el sargento Finlayson hubiese estado en uno de sus días de mal humor habría sido capaz de mandarles arrestados al calabozo por un par de semanas.

Finlayson, siempre dirigiendo miradas torvas a los dos infelices reclutas, fué acercándose a la puerta de salida. Un soldado que entraba en aquel momento tropezó con él, y conocedor del mal genio del sargento, empezó a deshacerse en excusas.

—Perdone, sargento, es que no le vi, le aseguro a usted que no le vi.

Aquellas palabras hicieron concebir a uno de los veteranos una idea diabólica. Volvióse a Stanley y Hardy para decirles con tono misterioso:

—¿Habéis oído eso?

—¿Qué?

—Pues eso que acaba de pasar. No es otra cosa que uno de esos misterios de los que os ha hablado el general. El soldado no había visto al sargento y en su lugar habría visto seguramente alguna otra cosa, un animal, por ejemplo. Es lo que los occidentales conocemos con el nombre de espejismo. Vosotros debéis saber lo que es un espejismo, ¿verdad?

—No, no lo sabemos—balbuceó Oliver desconcertado.

—Yo os lo explicaré. Un espejismo es una cosa que uno ve y que no existe, por lo menos no está en el sitio en donde uno la ve, o bien una cosa que estando delante de uno, uno no la puede ver. Yo he tenido un espejismo hará cosa de una hora cuando estaba en el patio. Un muchacho se acercó y me dijo... “Fíjate, Daniel, ahí llega el batallón de relevo.” “¿Dónde está?”, pregunté extrañado. “Ahora entran en el patio, ¿no los ves?” Yo miré y miré... ¿y sabéis qué es lo que vi?

—¿Qué?...—inquirieron Laurel y Hardy a un tiempo.

—Pues nada, absolutamente nada...

—Ya comprendo—comentó Oliver, adoptando unos aires de suficiencia—, lo entiendo perfectamente. Gracias por su advertencia.

Y Laurel, que, como siempre, se había quedado enteramente en ayunas, preguntó a su amigo:

—¿Pero de veras, de veras has entendido algo?

—¡Pues claro que sí!

—A mí me huele a brujería.

—Pues no hay nada de brujería en ello. Ya has oído lo que ha dicho este señor: un espejismo es una cosa que se ve sin que esté delante

o una cosa que no está delante y que se ve. Por ejemplo, ¿ves este dedo? Pues yo hago así y ya no lo ves. El dedo está todavía, pero tú no puedes verlo. Eso es un espejismo.

Y como aquel ejemplo que acababa de ponerle su amigo ante las narices no le resultase demasiado convincente, Laurel movió la cabeza y contestó con humildad evangélica:

—La verdad es que estoy tonto hoy.

—¿Hoy?—preguntó Oliver con ironía.

Entretanto, los veteranos, que habían estado observando los gestos y palabras de los dos novatos, se preparaban a jugarles una novatada. Viendo que el más tonto de ellos no parecía demasiado convencido con todo aquello que les habían contado acerca de los espejismos, decidieron emplear otro método más convincente.

—¿Conque todavía no estáis convencidos?

—Yo sí, pero éste es demasiado duro de mollera.

—Ahora mismo vais a verlo. A ver, ¿dónde está mi acordeón?

El acordeón que pedía el soldado estaba ya en manos de otro de los veteranos que se había escondido previamente detrás del grupo formado por todos los soldados de ma-

nera que permaneciese invisible a los ojos de Laurel y Hardy.

El que acababa de pedir por su acordeón cogió la caja en la que se guardaba el instrumento y que ahora estaba vacía, y la abrió. Hizo ver que sacaba el acordeón de la misma, con un juego de mímica tan elocuente que los infortunados Laurel y Hardy creyeron estar viendo visiones. Luego hizo ademán de empezar a tocar. Entonces, el compañero oculto hizo sonar el acordeón. Al oír aquello y ver que el que fingía tocarlo no tenía nada en las manos aunque seguía haciendo los ademanes necesarios para producir el efecto apetecido, el asombro de Stanley y Oliver se trocó en miedo. Durante diez minutos los aterrados novatos vieron a un hombre que estaba tocando un acordeón invisible para ellos, pero que existía en rea-

lidad, puesto que hasta sus oídos llegaban los sonos del mismo, y se pellizcaban mutuamente para convencerse de que estaban despiertos. Cuando los veteranos, compadecidos de ellos, decidieron terminar la broma, aunque sin darles a entender que les habían tomado el pelo, dando por acabado el concierto de acordeón, Laurel y Hardy vieron como el soldado hacía de nuevo ademán de volver a meter el acordeón en la caja, sin que ni por un momento ellos hubiesen logrado ver el tal instrumento. Ahora tenían explicado palpablemente en qué consistía un espejismo. Por muchos años que vivieran ni el uno ni el otro podrían olvidar el extraño fenómeno que habían presenciado el día mismo de su llegada a la India legendaria y misteriosa.

CAPITULO V

Durante aquel día Alan no pudo ver a su adorada Laura. La joven, junto con su tutor y la hermana de éste, había decidido ir a pasar el resto del día fuera de la ciudad, ya que el coronel debía partir el lunes al fuerte Ranmú y tal vez tardarían

algún tiempo en volver a verse. Alan tuvo que conformarse, pues, a esperar hasta el día siguiente para ver a la amada y reprocharle su conducta para con él durante su ausencia. ¿Cómo había podido ser tan ingrata de olvidarle tan pronto?

¿Cómo habría podido dejar que transcurrieran los días y las semanas sin mandarle una sola carta, sin responder a aquellas misivas inflamadas de amor que él le escribía incesantemente? A pesar de la triste evidencia que esto representaba, Alan se resistía a creer que Laura hubiese olvidado el juramento que le hiciera antes de partir de permanecer fiel a su amor sucediese lo que sucediese.

Y he aquí que aquel día, precisamente, se decidió la suerte de Laura. Ni ella misma habría podido decirse cómo sucedió "aquello", cómo en lugar de contestar con un no, suave pero categórico a los requerimientos de amor y petición de matrimonio que le hizo McGregor durante la excursión, respondió con un sí indeciso y apagado, pero que equivalía, al fin de cuentas, a una respuesta afirmativa. Tanto McGregor, profunda y apasionadamente enamorado de su gentil ahijada, como la astuta Tina, se apresuraron a cogerle la palabra antes de que ella, asustada de su propia acción, hubiese tenido tiempo de repararla. Y por la noche, de regreso a la ciudad, escuchando las frases amorosas y apasionadas del bizarro militar, la pobre Laura tuvo la intuición de que había cometido una torpeza irremediable, y, sobre todo,

una deslealtad evidente con aquel hombre tan noble y tan bueno que le ofrecía un amor al que ella no podía corresponder en la medida merecida. Pero ya era demasiado tarde para rectificar. Había dado su palabra y debía cumplirla. Si era cierto que Alan la había olvidado por completo—su inexcusable silencio era una prueba evidente de ello—no tenía por qué acordarse de él ni lamentar lo hecho. Sólo lo sentía por McGregor, merecedor de un amor sincero, y al que ella sólo podía ofrecer un corazón desengañado y dolorido...

Al día siguiente por la mañana, los representantes más conspicuos de la colonia inglesa de Pellore—elemento civil y militar—, se habían reunido en las grandes terrazas del hotel Bombay para festejar el anuncio de los esponsales del joven coronel McGregor con Laura McLauré, la gentil escocesa llegada unas semanas antes a la India para cumplir con las últimas voluntades de su abuelo. Al general Fletcher le cupo el honor de anunciar la fausta nueva a la distinguida concurrencia.

—Señoras y señores. Jamás he tenido satisfacción tan grande como la que experimento en este momento al anunciar la próxima boda de una linda señorita a la cual todos

queremos y que es hija de la bella Escocia, la señorita Laura McLauré. Al mismo tiempo me permitiré revelarles a ustedes el nombre del afortunado mortal que ha logrado conquistar el corazón de nuestra gentil huésped, aunque sospecho que está en el pensamiento de todos. Es mi viejo amigo y compañero de armas el coronel Jorge McGregor, cuyo historial militar conocéis todos. Brindemos para que alcancen larga vida, salud y felicidad, como merecen ambos por su juventud, por su bondad y por su amor. Laura, Jorge... ¡a vuestra salud!

El brindis fué coreado por todos con gran entusiasmo. Laura y Jorge tuvieron que escuchar, emocionados, otros brindis y otras felicitaciones: besos, apretones de mano, plácemes, hasta que McGregor, deseoso de substraerse por un momento al entusiasmo de amigos y conocidos para a solas con la mujer adorada poder expresar la alegría que experimentaba en aquel momento, se levantó presuroso y cogiendo a su novia del brazo se dispuso a marcharse.

Un joven soldado del batallón escocés había llegado frente al hotel a tiempo para escuchar las palabras del general Fletcher y ver a la feliz pareja recibiendo los plá-

cemes y felicitaciones de todos los allí reunidos. Aquel hombre era Alan, el fiel enamorado que había salido del cuartel con el alma henchida de esperanza y ahora acababa de asistir, con el rostro mortalmente pálido y el corazón destrozado, al derrumbamiento de todas sus ilusiones. Era el pobre Alan, que se resistía a creer lo que estaban viendo sus ojos y lo que estaban oyendo sus oídos, y que obedeciendo a un impulso instintivo se dirigió resueltamente hacia la escalera, dispuesto a salir al encuentro de la feliz pareja, a encararse con Laura y suplicarle o exigirle—tenía derecho a ello—una explicación de lo sucedido, y a insultar, si era preciso, a aquel hombre que había cometido la infamia de robarle el amor de su Laura...

Quiso el destino que no pudiese llegar hasta ellos antes de que hubiesen terminado de bajar la escalinata. Un oficial, al ver la actitud extraña de aquel soldado que pretendía subir la escalera cuando todo el mundo se apartaba para ceder el paso a la gentil pareja, corrió hacia él y lo detuvo. El joven forcejeó intentando desasirse, pero su contrincante era más fuerte y Alan no pudo lograr su propósito. Laura y el coronel pasaron cerca de él, sin verle, y ni siquiera las palabras

exaltadas del muchacho llegaron a oídos de la amada.

—¡Tú no puedes traicionarme así, no puedes!... Suélteme, suélteme—gritaba el muchacho, enfurecido.

—¿Estás loco, muchacho? —decía el oficial, intentando inútilmente calmarlo.

—Usted no puede entender, usted no sabe... Suélteme.

—Nada de tonterías o me obligarás a que te lleve a dormir al calabozo.

—No me importa, Suélteme usted...

Ahora ya no cabía la menor duda de que el joven había decidido adoptar una actitud agresiva y debía ser castigado. En lugar de soltarlo lo que hizo el oficial fué requerir el auxilio de dos soldados, quienes lograron reducirle a la impotencia. Ya en el otro lado de la plaza, los gritos de Alan llegaron a oídos de Laura que se volvió rápidamente y al ver el grupo formado por el joven, a quien no pudo distinguir bien, y los que le sujetaban, tuvo un ligero sobresalto.

—¡Ah, Jorge! ¿Qué le ocurrirá a ese pobre muchacho?—interrogó, inquieta.

—Algún caso de insolación. Debe ser de los recién llegados.

—¡Pobre chico! —murmuró la joven, compadecida.

¡Si ella hubiese podido ver quién era el joven soldado que se comportaba de aquella forma tan extraña, cómo habría corrido hacia él para auxiliarle y defenderle! Pero no lo vió. Sus oídos no llegaron a percibir el grito doloroso de Alan, que cansado de luchar inútilmente hubo de rendirse a la fuerza del número, balhuceando su nombre...

Alan fué conducido al calabozo. Una vez allí suplicó a un soldado que fuese al encuentro de sus compañeros Laurel y Hardy para que fuesen a verle. Ellos eran lo único que le quedaba ahora al infeliz Alan: la sincera amistad de aquel par de infelices, cuya presencia lograría tal vez traer un poco de paz a su espíritu.

Laurel y Hardy se hallaban en aquel momento paseando tranquilamente arriba y abajo del patio del cuartel y luciendo sus flamantes uniformes. Como siempre, el segundo tenía que esforzarse en combatir la innata torpeza de su amigo en todos los órdenes de la vida. Ahora le había tocado el turno al paso militar que Laurel no conseguía aprender ni a cañonazos. El día anterior, durante la instrucción, había cometido torpeza tras torpeza tratando inútilmente de acomodar

dar su paso al de los demás reclutas, con tan mala fortuna que había cogido el vicio de dar tres pasos demasiado largos acompañados de un saltito que habría conseguido un gran éxito en una pista de circo, pero ejecutados en un batallón le hacían correr el peligro de pasarse la mayor parte del tiempo arrestado si su amigo Hardy no corría a poner algún remedio.

—Si no quieres que vuelva a suceder lo de ayer tienes que aprender a marcar el paso—decía Hardy inflexible, sin tener en cuenta que después de tantas horas de instrucción y ejercicio lo que deseaba su amigo era perder de vista todos los pasos militares habidos y por haber.

—Vete allá y empieza. Anda... retrocede... ya... ¿Ves? Ahora lo haces mejor...

Un soldado vino a interrumpir su noble tarea "pedagógica".

—¡Eh! Vuestro compañero Alan Douglas quiere veros en seguida. Dice que se trata de algo importante.

—¿Dónde está?

—En la sombra.

—¿En la sombra? ¿Y qué ha hecho él para que le pusieran a la sombra?

Y Laurel, ignorante del doble

significado que tenía aquella palabra, comentó:

—Se comprende fácilmente; con el calor que hace a mí también me gustaría estar a la sombra. Ahora que éste se ha empeñado en enseñarme el paso.

—¿Pero no comprendes, pedazo de alcornoque, que él no está allí por su gusto, sino porque algo le debe haber pasado? Vamos, vamos en seguida a verlo. Tú, a ver si sabes marcar bien el paso. Prueba hacia atrás. Ahora hacia la izquierda... (Laurel, como es de suponer, se fué hacia la derecha). ¡A la izquierda te he dicho! ¡Ahora está bien! Vamos; parece que poco a poco irás aprendiendo...

Llegaron a los calabozos sin que Laurel hubiese equivocado el paso más que trece o catorce veces, y se encontraron con el desolador espectáculo de Alan entre rejas, con el rostro pálido y los ojos enrojecidos.

—¡Hola, amigos!—saludó tristemente, tendiéndoles la mano a través de los barrotes.

—¿Quieres decirnos lo que ha pasado?

—¡Oh! ¡No sé, no sé, creo que perdí la cabeza!

—Pero, ¿qué es lo que hiciste?

—No, hombre, no la has perdido—comentó Laurel—. Aun la tienes, ¡ya lo creo que la tienes!, lo que

pasa es que no te la puedes ver. Es uno de esos espe...

No pudo terminar la frase. Los ojos vivos y acerados de su amigo le estaban contemplando con una mirada que revelaba compasión y desprecio al mismo tiempo. Era como si le estuviesen diciendo: ¡Pobre compañero mío, qué requeteidiota eres!" Laurel, que acostumbraba leer en los ojos de Oliver como en las páginas de un libro abierto, tomó el partido de callarse.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —siguió inquiriendo Hardy, dirigiéndose a Alan.

—No lo sé todavía, aunque creo que me soltarán dentro de unas horas. ¿Queréis hacerme un favor? ¿Un favor que os agradeceré en el alma mientras viva?

—¡Claro está que sí, hombre! ¡Esto ni se pregunta!

—Solamente de vosotros me puedo fiar. Procurad encontrar a Laura y entregadle esta carta en seguida. Es muy importante.

—Lo haremos con muchísimo gusto. ¿Verdad que sí, Stanley?

—Oliver, cuida de que nadie se entere de eso, ¿entiendes? No le entreguéis la carta a nadie que no sea Laura.

—Pierde cuidado, Alan, cumpliremos al pie de la letra tus recomendaciones. Mudos como un sepulcro.

—Sí, mudos como un sepulcro —repitió Laurel, solemnemente.

—Entonces, adiós y gracias. Espero volver a veros pronto.

CAPITULO VI

Tina McGregor, ex condesa Ormsby, la mujer a quien habría podido adjudicársele el apodo de "La Ambiciosa", ya que la ambición guiaba todos sus actos y todas sus ideas, estaba resplandeciente de gozo. Por fin, después de muchos días en los que creyó incierto su triunfo, viéndose impotente para

doblegar la aparentemente débil voluntad de Laura McLaurel, veía ahora realizados sus proyectos. Dentro de poco tiempo, muy poco, su hermano dejaría de ser el tutor de Laura para convertirse en su marido, y con ese matrimonio la fortuna del viejo escocés que había tenido la buena ocurrencia de morir-

se después de haber confiado la tutela de su nieta a Jorge McGregor, permitiría al bravo y pundonoroso pero pobre coronel convertirse en un hombre rico y vivir en un tren de vida superior al que había vivido hasta ahora, y que a decir verdad, sólo su hermana había ambicionado para él, puesto que Jorge McGregor había sido siempre la sobriedad misma.

Tina había maniobrado tan hábilmente que ninguno de los dos muñecos de la farsa cuyos hilos ella llevaba, es decir, su hermano y Laura, se habían dado cuenta del juego, dejándose llevar, el primero por los impulsos de su corazón, la segunda por la fuerza de las circunstancias. Es verdad que para llegar a aquel "final feliz" de aquella admirable farsa, Tina había tenido que recurrir a un procedimiento no del todo conforme con las reglas más estrictas de la probidad, pero ¿qué importaba aquella pequeña trampa en la cual había hecho caer a la incauta Laura si a la postre ella saldría beneficiada? "El fin justifica los medios" dice el refrán y Tina no tenía la menor duda de que la gentil escocesa, una vez olvidada enteramente aquella amistad amorosa de su infancia, llegaría a enamorarse apasionadamente de su hermano para terminar bendiciendo el

momento en que se le ocurrió dejar su país natal para ir a la India. Aquel chisgarabís, sin oficio ni beneficio, que había tenido la audacia de poner sus ojos en la más rica heredera de Escocia, no merecía otro trato que el desprecio más absoluto... Era un enemigo insignificante al que era necesario eliminar y Tina lo había hecho empleando la única arma que podía usar para vencerlo: interceptando las cartas que Alan dirigiera a Laura y haciendo lo mismo con las que ésta escribiera al joven. Buen trabajo le había costado llevar a cabo su cometido, pero ahora que el éxito acababa de coronar su empresa, Tina, lejos de sentir remordimientos, experimentaba una de las satisfacciones más grandes de su vida. La de pensar que había contribuido en la medida de sus fuerzas, sin reparar en escrúpulos de ninguna clase, a labrar la felicidad de su hermano, felicidad a la que se había hecho acreedor por su bondad, por su valentía y por su nobleza.

La tarde del mismo día en que fué anunciado oficialmente el noviazgo, McGregor debía tomar parte en un importante partido de polo. Tina y Laura se disponían a salir, cuando la primera recordó que debía dar un recado a la sirvienta.

—Espera un momento, yo tengo que hablar con Emilia, se está poniendo insoportable y si no le digo a la hora que debe tener la cena lista es capaz de servirnosla a las diez.

La llamada Emilia era sin duda alguna la criada más pintoresca de toda la colonia. Baja, regordeta, fea de necesidad, podía, no obstante, vanagloriarse de haber alcanzado grandes éxitos entre el sexo feo. Tal vez no fueran del todo ajenas a sus triunfos sus habilidades indiscutibles como cocinera y su gran generosidad en lo que a prodigar estos favores culinarios se refería, en cuanto se cruzaban en su camino unos pantalones lo suficientemente "abnegados" para cortejarla. Actualmente, el dueño y señor del corazón de la pintoresca Emilia y por consiguiente el amo también de la despensa de los McGregor era el incommensurable sargento Cascarrabias, quien junto con Emilia constituía una pareja digna de figurar en un museo antropológico. Precisamente aquella tarde Emilia, que sabía que sus amos se ausentarían para no regresar hasta primeras horas de la noche, se había apresurado a mandarle un recado al cuartel y ni que decir tiene que el bueno de Finlayson había acudido a la llamada. Ahora, cómodamente sentado en la

mesa de la cocina se disponía a comerse un magnífico alón de pollo, sazonado con un vino de Madeira que era un verdadero néctar. Grande fué el sobresalto de los dos cómplices cuando oyeron la voz de la orgullosa señora de la casa que llamaba a la criada por su nombre. Ambos creían que todos se habían marchado.

—¡Es la señora! ¡Santo Dios! ¡Que no te encuentre aquí porque sería capaz de despacharme en seguida!... ¡Tiene un genio terrible! Métete en la despensa. ¡Corre, corre, que ya está aquí!

El digno sargento tuvo el tiempo justo de esconderse junto con su alón de pollo y la botella de vino. La esbelta figura de Tina McGregor apareció bajo el dintel de la puerta.

—¿Me llamaba la señora? — inquirió la criada con el tono más inocente del mundo.

—Demasiado sabes que te he llamado. Vamos al partido de polo y queremos cenar a las siete en punto.

—Está bien, señora. La cena estará a las siete en punto.

—Tengo que advertirte, además, que te abstengas en absoluto de recibir amigos durante mi ausencia.

La criada adoptó un aire de hipócrita consternación.

—¡Oh, por Dios, señora! ¡Nunca se me ha ocurrido hacerlo.

—De todos modos te lo advierto. El coronel está al llegar y si hallase a alguien se enojaría seriamente y me obligaría a mandarte a tu tierra en seguida. A propósito, dile a mi hermano que Laura y yo hemos ido a buscar a la señora de Harvey y que le esperaremos en su casa.

—Está bien, señora.

—Nada más. No te olvides de que cenamos a las siete.

Salió la señora tan altiva y elegante como siempre. La diminuta criada la vió marchar con una mirada de envidia y de rabia. Envidiaba a su belleza de mujer, a su lujo y elegancia, de rabia por la altivez con que siempre la trataba.

—¡No te olvides que cenamos a las siete! — repitió remedándola ridículamente—. ¡Hay que ver cómo se le han subido los humos a la cabeza! Querer quitarle a una hasta estos ratos de expansión cuando ella se pasa todo el día divirtiéndose... Humm...

Se detuvo, sonriendo beatíficamente al ver los descomunales bigotes de Cascarrabias asomando por la puerta de la despensa.

—¿Se ha ido?

—Sí, gracias a Dios. ¡Ah! Creí que nos había cogido. No sabes la que me habría armado.

—Sí, por lo que he podido oír. Incluso he llegado a temer que sospechase mi presencia aquí y se le ocurriese venir a ver la despensa. Tengo mucho más miedo a esas señoras de la colonia que a todos los indios del territorio.

Se sentó nuevamente en la mesa y cuando se disponía a hincarle el diente al sabroso alón de pollo se abrió de nuevo la puerta de la cocina y apareció la señora, que habiéndose olvidado de darle a Emilia un recado importante, volvía para decírselo.

—Oye, Emilia, si...

Se detuvo al ver al sargento Cascarrabias que rápido como un relámpago se había levantado y se disponía a esconderse de nuevo en la despensa, en la carbonera, en cualquier parte con tal de ponerse fuera del alcance de una de aquellas señoras a quienes, según confesión propia, "temía más que a todos los indios del territorio".

—¿Conque esas tenemos? Ya te lo advertí hace un instante por última vez. Por consiguiente ya puedes empezar a hacer tu equipaje. Tomarás el primer barco que salga para Inglaterra.

Emilia pareció desolada.

—¡Ah, señora! — suplicó casi llorando—. ¡Perdóneme usted esta

vez! ¡Le prometo que no lo haré más, se lo prometo, señora!

Pero la señora se mantuvo inflexible. No acostumbraba volverse atrás en sus decisiones.

—No, Emilia, ya te lo avisé y no quisiste hacerme caso. Esto se ha acabado.

Y sin decir más, sin hacer caso de las súplicas y protestas de la doncella, salió, dando un portazo.

El rostro de Emilia se congestionó. Durante unos instantes la rabia que sentía le impidió pronunciar una sola palabra. Al fin, levantando los puños, vociferó dirigiéndose a su enamorado galán que se había quedado de una pieza.

—¿Has visto la arpía? ¡Me ha despachado, eh! ¡Me ha despachado! Y todo porque una es sensible y tiene su corazoncito. ¡Ah, pero me vengaré, ya lo creo que me vengaré! Poco puede imaginárselo.

Entretanto Stanley y Oliver se disponían a ir al encuentro de la señorita Laura McLaurel. Como Alan, en su aturdimiento, se había olvidado de decirles dónde podrían encontrarla, Laurel, siempre tan oportuno, decidió preguntárselo al mismísimo coronel McGregor, que en aquel momento pasaba por su lado.

—Perdone, mi coronel, ¿podría

decirnos dónde encontraríamos a la señorita Laura?

Gesto de extrañeza del joven militar que no comprendía por qué dos tipejos tan estafalarios como aquel par de soldados necesitaban saber dónde se hallaba su novia.

—¿Para qué quieren ustedes ver a la señorita McLaurel?

Oliver, presintiendo que su inconmensurable amigo iba a meter la pata, como siempre, si no acudía a remediarlo, intentó intervenir dando una respuesta evasiva, pero ya Laurel se le había anticipado, respondiendo cándidamente:

—Es que éste tiene que darle una carta.

El coronel hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué dice usted? ¿Que tiene una carta para ella?

—No, señor—mintió Hardy lanzándole a su amigo una mirada pulverizadora.

Pero éste, en lugar de quedar pulverizado, siguió tan campante dispuesto a cumplir su misión de enredarlo todo.

—Oliver, no seas embustero. Acuérdate de que Alan te la dió en la celda y tú la metiste...

—Diga la verdad, ¿tiene usted la carta sí o no?

Era inútil mentir. El coronel estaba ya sobre aviso y sería capaz

de mandar que le registrasen si pretendía seguir negando.

—Sí, señor—repuso tímidamente.

—¡Démela!

Oliver obedeció. Sacó la carta del bolsillo y se la entregó al coronel.

—Usted ha intentado mentirme. Preséntese en seguida al sargento Finlayson...

Se volvió a Laurel.

—Y en cuanto a usted, le felicito por su sinceridad.

El coronel siguió su camino dejando a Hardy anonadado y al inocente Laurel bañándose en agua de rosas. Su alegría fué muy efímera porque al mirar a su amigo y ver la cara que ponía comprendió que una vez más había dado un paso en falso. Lo malo es que esta vez no había sido un paso en falso, sino un batacazo en toda la extensión de la palabra.

—Bueno, habrás visto en qué situación me has dejado—rugió más que dijo Oliver acercándose a su amigo dispuesto a estrangularle.

—No deberías decir mentiras—intentó argüir el asustado Laurel—. La primera vez que lo haces y ya ves lo que te ha pasado.

En aquel momento cruzaba un oficial. Oliver le atizó un puntapié en salva sea la parte y cuando el

oficial se volvió airado para ver quién había sido el atrevido, se encontró con el sonriente rostro de Oliver que le decía señalándole a su amigo:

—Este ha sido.

—Yo no he hecho nada—intentó protestar Laurel.

—Preséntese al sargento Finlayson en seguida. Y usted cuídese de que lo haga.

—Pero si yo no he hecho nada...

Todas sus protestas fueron inútiles. El oficial siguió su camino sin darse cuenta de que había servido de inocente instrumento de venganza. Y el pobre Laurel, sintiendo una vez más sobre sus débiles hombros el enorme peso de su mala estrella se echó a llorar desconsoladamente sin que en esta ocasión su amigo se tomase la molestia de consolarle.

Aquella misma tarde, de regreso del partido de polo, el coronel McGregor fué al cuarto de su hermana. Su rostro demudado evidenciaba bien claramente que algo muy desagradable le estaba sucediendo. A las preguntas angustiosas de Tina respondió haciéndole a su vez una pregunta que la dejó más que sorprendida, consternada.

—Dime, Tina, ¿quién es Alan Douglas? ¿Lo conoces?

—¿Alan Douglas? Pues sí, lo conozco. Le conocí en Escocia, cuan-

do fui en busca de Tina. Es un muchacho tosco e inculto, empleado en casa del notario Miggs. Pero... ¿a qué viene esta pregunta?

—A que se halla aquí, en la India, en mi regimiento.

Tina hubo de apelar a toda su capacidad de disimulo para no delatarse. Procuró adoptar un aire absolutamente indiferente al decirle:

—¡Ah, querido Jorge! Pero ¡qué niño eres! Yo te explicaré todo cuanto sé acerca de esto. Fueron unos amores de chiquillos allá en Escocia, juramentos de amor y fidelidad eternos y otras niñerías. Cuando Laura heredó, él pensó que podría participar de esa herencia. Por poseer doscientas mil libras harían locuras la mayoría de los mortales. ¡Ah, Jorge, no seas niño y procura tomarte las cosas con calma!

Y como su hermano le mostrase la carta que Alan había dirigido a su novia, terminó:

—¡Bah! Rompe esa nota y no hagas caso. Laura me ha dicho infinitas veces que ha olvidado por completo a ese muchacho y todo cuanto a él se refiere. Ella te quiere y ha prometido casarse contigo.

No vayas ahora con tu equivocado quijotismo a dar un escándalo.

—No temas, Tina, no daré este escándalo como tú dices, pero eso no puede quedar así; tarde o temprano habrán de verse. Abordaremos la cuestión y que sea Laura la que decida.

—¿Te atreverás a darle la nota?

—Aun no sé con certeza lo que haré. Tina, no digas a Laura nada de esto. Esta vez quiero ser yo el que resuelva este asunto. Hasta luego.

Tina vió salir tristemente a su hermano. Conocía el carácter de éste y comprendía que todo era ya inútil. Entonces se revolvió contra aquel muchacho "tosco e insignificante" que se había atrevido a ponerse en su camino. ¿Cómo había tenido la audacia de llegar hasta allí, de pretender disputar a su hermano la mujer querida? Tina habría dado en aquel momento diez años de su vida para lograr hacer desaparecer aquel obstáculo que se erguía ante ella amenazando dar al traste con sus designios, echando a tierra sus planes y lo que es peor, poniéndola en evidencia ante Laura y el propio Jorge McGregor.

CAPITULO VII

Aquella noche, el salón del bonito "bungalow" de los McGregor estaba rebotante de invitados. Toda la colonia inglesa se había reunido allí para festejar la celebración del compromiso de Laura McLau-rel con el coronel Jorge McGregor. La fiesta estaba animadísima, sólo su anfitrión, el coronel, parecía triste y preocupado, hasta el extremo que todos los invitados llegaron a notarlo y a comentarlo en voz baja. Aprovechando un momento en que éste había salido a la terraza, Tina fué a su encuentro para amonestarle.

—¡Jorge, por Dios! Procura disimular un poco. Vas a conseguir que la gente murmure.

Su hermano, por toda respuesta, se limitó a llamar a un criado indio.

—Walla, ven aquí. La señorita McLau-rel está en el salón bailando con el general Fletcher. Llévale en seguida esta nota, pero sin decirle quién te la ha dado. ¿Entiendes?

Su hermana trató de detenerlo inútilmente.

—¡Ah, Jorge, estás loco; te estás jugando tu felicidad!

McGregor sonrió tristemente.

—Lo hago por la de Laura—contestó con voz grave.

El criado indio cumplió el encargo. Laura, que estaba bailando con el general, recibió la carta de manos del indio, que se retiró sin decir una palabra. La joven se apresuró a leer el misterioso mensaje. Desde las primeras líneas su rostro se transfiguró con una expresión de inmensa alegría. ¡Lo que decía el papel era tan inesperado y a la vez tan agradable! Alan, su Alan, estaba allí, a dos pasos de ella la esperaba en el jardín.,

—¿Malas noticias? — inquirió su compañero de baile.

—¿Malas? ¡Oh, no, general, buenas, muy buenas! Dispénseme un momento.

Un instante después se encontraba frente al amado que creyó perdido para siempre. Cuando la emoción le permitió expresar con palabras la alegría que experimentaba, exclamó echándose en sus brazos:

—¡Oh, Alan, bien mío! Déjame que te mire. Apenas me atrevo a creer que sea posible tanta felicidad.

Se quedó helada de espanto al ver que éste, en lugar de abrazarla la rechazaba fieramente al mismo tiempo que le decía con rabia reconcentrada:

—Sí, soy Alan. Tu Alan. Mírame. ¿No me esperabas, verdad?... Sin duda creías que estaba a miles de millas, llorándote todavía.

—Pero, Luis, yo—balbuceó la infeliz completamente desconcertada.

—Pues te has engañado. Aquí estoy. Soy el soldado Alan Douglas, que viene a cumplimentar a la futura esposa de su coronel.

—¿Pero estás loco? ¿Cómo puedes hablarme de esta manera? Yo te explicaré.

—No tienes necesidad de explicarme nada. Ya he visto y he oído bastante para comprenderlo todo. El dinero y la adulación de las gentes que te rodean te han trastornado. Y yo fui tan tonto de seguir creyendo en tu cariño cuando en realidad estabas burlándote de mí.

—¡Ah, calla, calla! Si supieras el daño que me haces...

—¡No quiero callar!

—Tienes que escucharme porque no sabes lo que dices. Alan, ignoras lo ocurrido y no puedes entenderlo.

—Lo único que deseo es no volver a verte ni oír tu nombre en mi vida,

ahora que ya he logrado decirte todo lo que quería.

Aquellas palabras, cayendo como un latigazo sobre Laura, la dejaron petrificada, incapaz de pronunciar una sola palabra, incapaz también de detener a Alan, cuando éste, creyendo cumplido su cometido, dió la vuelta y empezó a andar jardín adelante, no tardando en franquear la verja de la entrada. Entonces Laura, deshecha en llanto penetró en la casa, subió a su cuarto y se dejó caer en la cama llorando desesperadamente. Aquella fué la noche de esponsales de Laura McLaurel.

Oculto en la sombra, Jorge McGregor había estado presenciando la escena. Vió el gesto instintivo de su novia al echarse en brazos del joven, la fiereza de éste, sus palabras duras y cortantes que hablaban de un amor apasionado, celoso, casi salvaje, muy distinto del que su hermana había pretendido pintarle al hablarle de aquello como de una inofensiva amistad amorosa, y comprendió en seguida que se trataba de algo contra lo cual no podía luchar, contra lo cual no debía intentar luchar, porque si intentaba hacerlo se heriría él mismo con sus propias armas de defensa. Y desde aquel preciso instante Jorge McGregor decidió renunciar voluntaria-

mente al amor de Laura aunque ésta le jurase que estaba dispuesta a casarse con él. Si uno de los dos tenía que sacrificarse, que no fuese la mujer querida. McGregor se habría sentido capaz de todo, abso-

lutamente de todo, para lograr el amor de su Laura, pero se sentía también, capaz de todo, absolutamente de todo, menos de aceptar las migajas de amor que ésta podía ofrecerle.

CAPITULO VIII

Al día siguiente, muy de mañana, McGregor partió para el fuerte que estaba en peligro, sin despedirse ni de Laura ni de su hermana. Esperaba arreglar definitivamente aquel asunto a su regreso, devolviendo a su novia la palabra empeñada, con carácter irrevocable, y brindándose de paso a ir al encuentro de Alan para rogarle, exigirle si fuera preciso, que tuviese una entrevista con Laura. Después el amor se cuidaría de hacer el resto.

La llegada de McGregor y el des tacamento de soldados fué muy bien recibida en el fuerte por parte de sus compañeros y muy mal recibida por parte del grupo de indios que desde lo alto de una colina próxima al fuerte esperaban día y noche el momento propicio para atacar a aquel puñado de valientes que se jugaban constantemente la vida por la grandeza de su patria.

—¿Qué tal va eso, Corbett? Celebro mucho volver a verle y comprobar que sigue usted teniendo el buen aspecto de siempre.

—También yo celebro verle a usted, coronel. Hemos estado como el cráter de un volcán estas dos semanas y aunque han ocurrido suficientes cosas para soliviantar a mis hombres, ahora todo parece tranquilo.

Aquella tranquilidad no era más que aparente. Allá arriba, en la colina, los hombres del jefe rebelde comentaban la llegada del batallón escocés dirigido por el bravo coronel McGregor, uno de sus enemigos más temibles.

—Un refuerzo numeroso — dijo uno de los indios.

—¡Hum! Más numeroso de lo que yo esperaba.

—Eso requiere estrategia.

Entretanto, negras nubes de tor-

menta se cernían en el cielo, hasta entonces demasiado claro, de Tina McGregor, la intrigante que para lograr la felicidad de un hombre no había vacilado en sacrificar la de un pobre muchacho cuyo único defecto era ser un tosco y sencillo escocés sin otros méritos que su bondad y su gran amor por Laura Mc. Laurel. La mano vengadora de Emilia, la criada despedida, se preparaba para asestarle un golpe inesperado.

Laura había pasado la noche en vela y llorando. Al amanecer había oído los preparativos de marcha de McGregor sin decidirse a salir a darle un adiós de despedida y luego se dispuso a enfrentarse con su futura cuñada para decirle toda la verdad. Grande fué su sorpresa al enterarse de que ésta conocía la llegada de Alan.

—Pero, Tina, si tú sabías que Alan estaba aquí, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué?

En aquel preciso instante llamaron a la puerta. Era Emilia. Al ver que la señorita Laura estaba acompañada de la señora, intentó marcharse.

—Ya volveré en otra ocasión, señorita Laura.

—No, no, es igual, Emilia. Entra.

—Siento tener que molestarla,

señorita Laura, pero yo quisiera hablar con usted antes de marcharme de esta casa para siempre.

—¿Marcharse? ¿Qué quiere decir?

—¡Ah, de manera que no se lo han dicho! Eso ya me lo sospechaba yo. Pues, sí, señorita. La señora me ha despedido y he de volver en seguida a mi tierra, porque aquí, habiéndome despedido la señora, nadie querría aceptarme. Pero como usted ha sido tan buena conmigo, señorita, me remordería la conciencia si no le contase algunas cosas que usted debe saber.

Se detuvo un momento al oír la voz imperiosa de Tina que le decía:

—¡Emilia, sal de este cuarto inmediatamente!

Aquella orden no hizo más que engallar a la ofendida fámula.

—No saldré hasta que diga lo que he de decir.

—¿Cómo te atreves? Vete en seguida de aquí si no quieres que te eche.

—Espera, Tina — dijo entonces Laura interviniendo—. ¿Qué ocurre, Emilia?

—Verá usted, señorita. Usted se extrañaba de que no recibía ninguna noticia de su amigo de Escocia, ¿verdad? Pues ahora le explicaré a usted por qué. Era la señora quien

se quedaba con todas las cartas que para usted llegaban y, al mismo tiempo, impedía que llegasen al correo las que usted escribía dirigidas a él.

El rostro de la hermana de Jorge McGregor estaba blanco como la cera. Se acercó a aquella mujer ¡a aquella criada! que tenía la insolencia de desenmascararla, y reprimiendo un deseo instintivo de abofetearla, le gritó:

—¡Esta mujer está loca, loca! Sólo así podría ocurrírsele hablar de esta manera. Laura... supongo que no darás crédito a nada de cuanto dice.

En los ojos de Laura leyó que todo era inútil. Que Laura *daba crédito* a las palabras de aquella furia, porque ellas eran la verdad pura. Bajó la cabeza anonadada y dejó que la mujer continuase su rosario de insultos.

—Sí, señora, estoy loca, muy loca. Usted creyó que habría destruído esas cartas, ¿verdad? Pues no fué así. Yo las fuí sacando del fuego una a una y aquí las tiene usted, señorita Laura.

Le alargó un paquete de cartas medio quemadas y chamuscadas... Aquello era la prueba evidente del delito.

Se volvió hacia la señora contra

la cual acababa de tomarse tan fiera venganza.

—Y ahora, señora McGregor, tanto si le ha gustado como si no, chínchese.

—¡Sus cartas! ¡Y las mías también! — exclamó Laura hojeándolas ávidamente—. Ahora comprendo muchas cosas.

—Laura — balbuceó Tina avergonzada, sin atreverse a acercarse a su víctima—. Perdóname. Lo hice por tu bien. Creí hacerte feliz y si esto también puede servirme de disculpa, creí hacer feliz a mi hermano.

La magnanimidad del corazón de Laura se evidenció en la forma generosa que tuvo al perdonar la grave ofensa recibida, diciendo, como si nada importase el indigno engaño del que aquella mujer había pretendido hacerla víctima:

—¡Ah, no importa eso ahora, Tina! Me alegro haberlo sabido antes de haber destrozado la vida de tu hermano. El no lo merece. ¡Es tan noble y generoso! Además, no es todavía demasiado tarde. Iré a Alan y se lo explicaré todo.

—Es imposible, Laura, está en el fuerte Ramnú, con Jorge y el batallón escocés.

—Entonces, Tina, iré a buscarlo al fuerte, a donde sea. Todo menos

seguir en esta terrible incertidumbre.

Allá en el fuerte Ramnú, los soldados del batallón escocés, del que formaban parte integrante los futuros héroes, Stanley y Hardy, además de Alan y ¡oh dolor! el terrible sargento Cascarrabias, habían aprendido entre muchas otras cosas útiles, a manejar un fusil, limpiarlo y dispararlo apuntando a un árbol vecino para ir a dar a otro situado a dos o tres metros de distancia. Otra cosa habían aprendido también y era un nuevo paso que no era el inmortalizado por los alemanes en sus grandes desfiles militares, llamado vulgarmente "paso de ganso", sino otro mucho más airoso aunque tal vez menos marcial y guerrero. Aquel paso era nada menos que el que Hardy había intentado inútilmente hacerle rectificar a Laurel y que empleado por éste en su marcha hacia el fuerte de Ramnú, carretera adelante, había logrado contagiar los pies de todos los demás soldados del batallón, quienes habían llegado al lugar de destino practicando el "sistema Laurel", consistente en dar tres pasos largos y un ligero saltito, con gran regocijo de todos ellos y desesperación del coronel, quien al ver a sus soldados avanzando en aquella forma creyó por un momen-

to encontrarse ante un conjunto de aficionados al arte de Terpsícore, o un conjunto de girls de revista. El escándalo fué mayúsculo, pero dada la facilidad con que se habían adaptado al nuevo paso, era de temer que tardarían algunos días en abandonarlo. He aquí que la incurable estupidez del infeliz Laurel estuvo a punto de producir un conflicto serio en el seno del ejército del poderoso imperio británico.

Un mensajero indio llegó al fuerte portador de un mensaje para el coronel McLaurel. Este se apresuró a abrirlo y cuando se hubo enterado del contenido se dirigió a sus compañeros oficiales y capitanes.

—Bien, amigos. Supongo que no tendrán que asistir a ninguna fiesta de sociedad esta tarde. Nos invita a comer Mir Jutra.

—¿Esta tarde, coronel?

—No nos aburriremos. Mir Jutra sabe hacer las cosas.

—Tengo una idea. Nos pondremos nuestros mejores trapitos para causarle buena impresión, ¿eh, Corbett?

—Me parece una idea genial.

—Entonces, caballeros, prepárense.

En el patio, el sargento Cascarrabias, que desde el día en que se oyera llamar por su apodo venía meditando fieras venganzas y so-

metiendo a los dos amigos a toda clase de trabajos y vejaciones, acababa de ordenarles que limpiasen el patio de polvo y de papeles. Stanley y Hardy, que en aquellos días habían aprendido a ser disciplinados, por aquello de que "a la fuerza ahorcan", cogieron los útiles de limpieza y se dispusieron a dejar el patio más limpio que una patena. Con los largos palos de hierro rematados por un punzón iban cogiendo los papeles uno a uno y metiéndolos en unas papeleras colocadas a este efecto. No tardaron, no obstante, en fatigarse de aquella tarea tan incómoda y tan poco adecuada a sus aspiraciones guerreras y decidieron darse un ratito de descanso. Apenas habían empezado a poner en práctica su idea llegó de nuevo el sargento, quien al verlos mano sobre mano, les armó una marimorena.

—¿Quién manda en este regimiento? ¿Vosotros o yo? Poneos a trabajar en seguida si no queréis ganaros quince días de arresto. Para cuando vuelva no quiero ver un solo papel en el suelo.

Volvieron al trabajo con nuevos bríos. Un grupo de soldados de la banda de música del regimiento, que habían salido al patio, empezaron a ensayar una marcha alegre y los pies de Laurel y Hardy a

seguirla. Al cabo de un buen rato, cuando el sargento volvió al patio para enterarse de cómo seguía el trabajo, vió con la natural sorpresa y enojo como los dos barrenderos, en lugar de haber limpiado el patio, estaban bailando unos pasos de ballet ruso con tal arte de plasticidad y movimiento que dejaban tamañita a la mismísima Pavlova en su danza favorita "la muerte del cisne". Desgraciadamente Finlayson era un espíritu demasiado vulgar para apreciar la belleza de dicha danza que había venido a sustituir el rudo y antiestético trabajo de barrer el suelo, y la repulsa que se llevaron los amantes de Terpsícore fué como para hacerles perder para siempre sus aficiones coreográficas.

Entretanto en el despacho del coronel McGregor acababan de entrar dos soldados trayendo a rastras a un indio, que forcejeaba vanamente para desasirse al mismo tiempo que soltaba gritos e imprecaciones en su idioma.

—¿Dónde encontraron a este indio?

—Lo cogimos minando el portalón.

El coronel McGregor se acercó al detenido, lo cogió rudamente y le obligó a levantar el rostro.

—¿Quién te lo ordenó? — inquirió severamente.

El indio abrió mucho los ojos y se limitó a contestar.

—Amo, amo, amo...

—No es necesario, coronel. Le hemos hecho cantar y nos lo ha confesado todo—dijo entonces uno de los soldados.

—Llévenselo entonces — ordenó McGregor—. Que esté bien vigilado, que no pueda comunicar con nadie.

Cuando se hubieron llevado al prisionero, inquirió:

—Bien, ¿qué se ha podido averiguar?

—Mir Jutra proyecta atacar el fuerte mientras usted y los oficiales se hallen en su palacio. Atacarían después de volar el portalón.

—Ya que busca pelea, le complaceremos. Corbett, pida unos voluntarios. Los vestiremos con nuestros uniformes y los enviaremos al palacio en lugar nuestro. Así nosotros podremos preparar aquí una digna recepción a los hombres de Jutra y capturaremos a todos esos perros sin dejar uno.

—Pero estos voluntarios, mi coronel, están expuestos a perder la vida.

—No nos queda otro recurso que correr este riesgo. La tranquilidad de la frontera depende de que lo-

gremos terminar con ese loco para siempre.

El primer hombre que se ofreció como voluntario fué Alan Douglas. La idea de que tal vez perdiera la vida en aquella arriesgada empresa fué lo único que le impulsó a hacerlo. Si moría en ella, Inglaterra le cubriría de gloria como a un héroe y él habría alcanzado el consuelo supremo de morir por algo noble y bello, de ofrecer su vida, aquella vida que le parecía mezquina y miserable, en sencillo holocausto por su patria. El amor a la muerte ha dado al mundo tantos mártires y héroes como el desprecio a la vida.

También Laurel y Hardy se habían ofrecido como voluntarios. En su decisión no había influido ninguna de las circunstancias antedichas, sino la inconsciencia del peligro y su ignorancia supina. El sargento se había guardado muy mucho de darles demasiadas explicaciones, limitándose a decirles que el coronel McGregor y los oficiales les mandaban en representación suya al palacio de un Maharajá indio que deseaba obsequiarles con una comida.

—Alan—dijo el sargento Cascarrabias dirigiéndose al joven, que era el único que estaba en el secreto de la peligrosa empresa que les-

habían encomendado—. Me siento orgulloso de ti por haber sido el primero en ofrecerte como voluntario. Se nos ha confiado una misión muy peligrosa de la que tal vez no volvamos.

El joven se encogió de hombros.

—¿Qué importa?—exclamó tristemente.

Cascarrabias iba también con los voluntarios. Su mal genio no le impedía portarse heroicamente cuando era necesario.

El circunspecto Hardy, siempre tan bien educado, se creyó obligado a darle las gracias al sargento por su invitación.

—Le estamos muy agradecidos por habernos escogido a nosotros para esta comida.

—No hay de qué. ¡Hala! ahora montad en los caballos y vámonos.

—¿Pero es que tenemos que ir a caballo?—inquirió el infeliz Laurel a punto de desvanecerse del susto.

—¿Pues cómo quieres que vayamos al palacio del Maharajá? ¿A pie?

—Pero es que yo no he montado a caballo en mi vida.

No obstante su incapacidad, el infeliz Laurel no tuvo otro recurso que montarlo. Alan, compadecido, se colocó a su lado para ayudarlo por el camino si al caballo se le

ocurría protestar contra el inexperto jinete que llevaba sentado sobre su grupa; y una vez terminados todos los preparativos emprendieron el camino.

Los hombres de Jutra, que seguían en su puesto de vigilancia, vieron salir a los supuestos oficiales, con grandes demostraciones de alegría.

—Los oficiales ya han mordido nuestro cebo—comentó uno de los indios sonriendo ferozmente—. Avisa a los del portalón. He de llegar a palacio antes que esos perros.

No haría ni un cuarto de hora que los soldados disfrazados de oficiales habían salido del fuerte, que se oyó el galope de un caballo en el patio. Un ordenanza entró en el despacho de McGregor para darle una noticia inesperada.

—La señorita McLaurel está aquí, señor, y desea verle.

—¿La señorita McLaurel? ¡Que pase, que pase en seguida!

Entró Laura. Estaba demudada, pálida, sucia de polvo y con señales evidentes de fatiga, pero en sus ojos oscuros y grandes se leía una resolución firmísima. La de ir en busca del hombre adorado, aunque fuera al fin del mundo, para tener con él una explicación definitiva.

Jorge corrió hacia ella, la estre-

chó en sus brazos sin que la joven opusiera resistencia.

—Laura, querida, ¿Qué es lo que sucede? ¿Cómo te has atrevido a venir aquí?

—Jorge, necesito ver a Alan, a Alan Douglas en seguida. ¡En seguida! ¿Me has entendido?

—¿Qué ha pasado?

—Tu hermana interceptaba todas mis cartas y me hizo creer que Alan me había olvidado. Es por esto que acepté tu amor creyendo que con el tiempo también lograría amarte y podría proporcionarte la felicidad que mereces, porque te quiero, Jorge, te quiero mucho, aunque de otra manera. Pero ahora que he visto que no es cierto, que él no me había olvidado, necesito verle en seguida, explicárselo todo, decirle que hasta ahora no han llegado sus cartas a mis manos. Y necesito verle ahora mismo. ¿Entiendes lo que te digo? ¡Ahora mismo!

McGregor asintió tristemente. Las palabras de Laura acababan de destruir la última esperanza que pudiera quedarle. Era necesario resignarse, renunciar al amor de ella que era toda su vida. Pues bien, él sabría hacerlo, sabría sacrificar su amor por la felicidad de ella, sa-

bría cumplir como un hombre.

—Está bien, Laura — dijo con voz triste—. Tranquilízate. Voy a llamarlo. ¡Ordenanza! Que se presente en seguida el soldado Alan Douglas.

—El soldado Douglas se ha ofrecido para el servicio especial, mi coronel.

Laura le miró asustada.

—Jorge, ¿qué significa esto?

—Significa que tu entrevista con Luis habrá de demorarse. Se ha ofrecido como voluntario para un servicio de gran importancia.

—¿Y corre algún peligro? — inquirió Laura con la ansiedad reflejada en su rostro bellissimo.

McGregor hizo un gesto evasivo.

—Aquí siempre se corre peligro, pero yo mismo me encargaré de traértelo sano y salvo. Van a ocurrir algunos acontecimientos y quiero que entretanto te quedes aquí, pase lo que pase. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, pero vuelve pronto, Jorge. Nunca me perdonaría si por mi culpa te ocurriese algo.

Jorge la miró con dulzura, la estrechó contra su corazón. Tenía derecho a hacerlo. Era su último abrazo de enamorado.

CAPITULO IX

La entrada de los cuatro supuestos oficiales al palacio de Jutra fue tan triunfal como pintoresca, gracias a Stanley y Oliver, que tenían la virtud de poner una nota pintoresca en todas partes con su sola presencia. Ahora, vestidos con sus flamantes uniformes, su comicidad subía de punto y sólo un "indio" como el dueño de aquel palacio de ensueño habría podido tomarles por dos oficiales del ejército británico.

Por si esto fuera poco, el pobre Laurel, por obra y desgracia de la larga jornada a caballo que se había visto obligado a hacer, tenía las posaderas poco menos que en carne viva, por cuyo motivo andaba con las piernas describiendo un regular arco y con grandes precauciones, ya que el menor movimiento le producía dolores agudísimos. Ni siquiera las atenciones de que fueron objeto por parte del fastuoso Maharajá que les recibió con grandes muestras de cortesía y multitud de reverencias, fueron suficientes para aminorar el dolor físico que experimentaba en aquella parte tan delicada de su cuerpo. Quiso la fortuna que por tratarse de un palacio

oriental abundaran los cojines y divanes, gracias a los cuales pudo sentarse el infeliz jinete sin emitir arriaba de tres o cuatro ayes dolorosos y cambiar de postura más de una docena de veces.

—Coronel McGregor — dijo el pérfido y traidor Jutra obsequiando con la más oriental de las sonrisas de su vasto repertorio al joven Alan—. Le doy la bienvenida al igual que a sus compañeros, a mi humilde casa. ¿Serás ustedes tan amables de dignarse fumar conmigo la pipa de la amistad?

Oliver, que siempre había sido algo vanidosillo, no cabía en sí de gozo al verse tratado por un tan alto personaje. Y cuando después de haber fumado la pipa de la amistad, el opio, el nargilé y todas las drogas más o menos heroicas que aspiró inconscientemente mezcladas con el tabaco, empezaron a hacer sus efectos y haciéndole experimentar unas dulcísimas sensaciones jamás experimentadas hasta entonces, el inocente Hardy se creyó transportado de pronto al paraíso de Mahoma. Para ayudar a esto salieron en seguida unas cuantas odaliscas que

sin grandes esfuerzos habrían podido pasar por "hurís" de todos los paraísos habidos y por haber. Luego, una vez terminado el baile y después de haber dado y recibido un sin fin de miradas incendiarias, Laurel y Hardy, junto con Alan y Cascarrabias, cambiaron de sitio y fueron a sentarse sobre otros cojines de la más pura seda, alrededor de una mesa. Jutra les había preparado un espléndido banquete.

Entretanto, en el fuerte, McGregor y sus valientes soldados se disponían a recibir el asalto de los indios de Jutra, ignorantes de que en el interior del mismo continuaban los oficiales, los únicos que con su presencia de ánimo podían organizar el contraataque y evitar la desmoralización de los soldados. McGregor había dado la orden de no disparar ni un solo tiro hasta que los hombres de Jutra estuvieran todos dentro de la fortaleza. Así se hizo, con gran coordinación y acierto y gracias a la pericia del coronel McGregor y a la valentía y arrojo de sus soldados, los indios rebeldes fueron cogidos en su propia trampa y vencidos completamente, antes de que hubieran tenido tiempo de reaccionar y batirse en retirada.

Pero los que habían quedado vigilando desde lo alto de la colina no

vieron otra cosa que sus hombres entraban en el fuerte después de volver el portalón y aquello fué suficiente para hacerles creer que tenían ganada la victoria. Ahora sólo faltaba ir a darle la noticia al Maharajá que en el interior de su palacio entretenía a los oficiales británicos, esperando tranquilamente la victoria.

Ya habían terminado los entremeses y se disponían a atacar el succulento menú que Jutra había mandado disponer para sus huéspedes, cuando llegó de pronto un emisario sudoroso y cubierto de polvo, el cual pronunció unas cuantas palabras cabalísticas delante de su amo. Una sonrisa siniestra asomó al rostro enigmático del indio, quien dirigiéndose a uno de los servidores, dijo en perfecto inglés:

—Bien. ¡Estupendo! Que se lleven la comida.

—¿A qué viene eso? Si todavía no hemos terminado—arguyó Hardy estupefacto.

—Ya se ha acabado la diversión—siguió diciendo Jutra—. Quiero decir con eso que ya se ha acabado el fuerte Ranmú. Están siendo diezmados sus soldados y antes de que el sol se oculte vuestros huesos se unirán a los suyos para calcinarse en las ardientes arenas del desierto.

Y como si aquel tenebroso anuncio de calamidades no fuera suficiente a saciar su sed de venganza, añadió dirigiéndose a uno de sus servidores:

—Preparad el aceite hirviendo y el potro del tormento. Daremos una lección a esos perros.

Entonces se oyó la voz juvenil de Alan que gritaba:

—No te apoderarás de nosotros si no es luchando.

Y dando un salto prodigioso se apartó del grupo subiendo vertiginosamente una escalera. Desde allí amenazó con su revólver.

—Si das un paso más os mato como perros.

Aquel acto heroico le valió a Alan la muerte de tres o cuatro indios, pero al fin hubo de rendirse a la superioridad del número y fué cogido nuevamente. Jutra pareció reflexionar y al cabo de un instante se acercó a los heroicos soldados y entregó un revólver a cada uno de ellos.

—¿Para qué es esto?—inquirió Laurel cándidamente.

—Para que os levantéis con ellos la tapa de los sesos—repuso Jutra implacable.

Al oír aquellas amenazadoras palabras que equivalían a una sentencia, Laurel empezó a llorar como un chiquillo.

—¡Yo no quiero levantarme la tapa de los sesos, no quiero, no quiero!—exclamaba desolado.

—Lleváoslo—ordenó su implacable verdugo.

Los servidores obedecieron. Cogieron cada uno por un brazo a la infeliz víctima y se la llevaron a un rincón de la estancia, colocándola detrás de un biombo.

Entonces se desarrolló una escena emocionante, capaz de arrancar lágrimas al mismísimo sargento Cascarrabias. La cabeza de Laurel asomó por encima del biombo. Su aspecto no podía ser más desolador. Tenía las facciones desencajadas, las mejillas pálidas, los ojos llenos de lágrimas que iban cayendo a raudales amenazando con inundar el cuarto. Con voz patética y entrecortada por el llanto se dirigió a su amigo entrañable, su amigo del alma, su querido Oliver, a quien no volvería a ver más en este mundo que tan cruel se había mostrado con él en todos los momentos de su corta y amarga vida. Levantó la mano en un ademán de suprema despedida.

—¡Hasta la vista, Oliver!—dijo con tristeza inmensa.

—Adiós, Stanley, luego nos veremos—repuso el otro tratando de mostrarse animoso en aquellos instantes decisivos.

—Cuando yo esté en el cielo te esperaré hasta que vayas.

—Pero, ¿cómo te reconoceré?

—Te estaré aguardando a la entrada con mi par de alas puestas y un arpa en la mano.

—¡Pero así irán también los demás ángeles!

—Bueno, llevaré puesto el sombrero y así me reconocerás fácilmente.

La despedida llevaba camino de prolongarse indefinidamente. Así lo entendió el implacable Jutra que decidió abreviarla en seguida.

—¡Basta ya de tonterías!—tronó con voz potente—. Dispara en seguida o tendré que cambiar de parecer.

—¡Adiós!—sollozó Laurel.

—¡Adiós!—gimió Hardy.

Desapareció el rostro del primero y en seguida se oyó un disparo. Los hombres de Jutra se precipitaron hacia el biombo, tras del cual un hombre acababa de levantarse la tapa de los sesos. Oliver cerró los ojos para no verlo.

Cuando los abrió de nuevo vió a Laurel sentado en una silla con los ojos cerrados y tapándose las orejas. Hasta en la tarea de suicidarse para evitar morir entre espantosos tormentos había fracasado lamentablemente el infeliz Stanley. El tiro apuntado en la sien había su-

frido una ligera desviación yendo a parar al techo, en una de cuyas vigas quedó incrustado.

—¿Qué te ha pasado?—inquirió Oliver extrañado.

—Creo que no he dado en el blanco...

Otro emisario entró en aquel preciso momento. Estaba más sudoroso y cansado todavía que el primero. Había reventado un caballo para llegar hasta el palacio de su dueño y señor, a cuyas plantas se echó doblando la cabeza hasta besar el suelo.

—Sahib, Eilik, Erich...—exclamó con voz desolada.

—Habla, dí ¿qué pasa?

—Alá nos abandona.

—¿Qué dices?

—¿Un desastre. El coronel McGregor conocía tus planes. Estaba en el fuerte y capturó a todos tus guerreros sin dejar uno.

—¿El coronel McGregor allí? ¿Entonces quiénes sois vosotros?

—Pues yo soy el señor Hardy y éste es mi amigo el señor Laurel. Quisimos hacer una visita de amistad...

No tuvo tiempo de terminar las presentaciones. La voz airada de Jutra conminó a sus servidores.

—¡A ellos, hermanos!

Pero Hardy y Laurel se habían acordado de pronto que llevaban un

revólver y que el revólver servía para algo más que para adornar el cinturón de un soldado. Rápidos como un relámpago lo sacaron a relucir y apuntando a los indios que corrían hacia ellos gritaron, cerrando los ojos asustados:

—Un paso más y disparamos.

Les temblaba la mano y habrían sido incapaces de disparar ni un solo tiro, pero aquel acto de valor fué suficiente para producir en los indios un momento de indecisión que los otros se apresuraron a aprovechar corriendo hacia el patio.

Entonces se originó una persecución encarnizada. Los cuatro fugitivos empezaron a dar vueltas alrededor del surtidor del patio, perseguidos por sus terribles enemigos, luego salieron disparados en dirección a la puerta y de allí al jardín, sin que los esbirros de Jutra lograsen darles alcance. La huída iba haciéndose empero cada vez más difícil y los cuatro heroicos soldados no habrían tardado en caer en manos de sus perseguidores si la providencia, compadecida de ellos, no hubiese acudido en su auxilio en una forma tan inesperada como venturosa.

El Maharajá tenía una gran afición a cultivar miel, que constituía uno de sus manjares favoritos. Una gran extensión del magnífico parque

de su palacio estaba llena de colmenas. Allí fueron a parar los cuatro perseguidos en su veloz huída, cayendo sobre las colmenas. Las felices abejas, sorprendidas en su trabajo, iniciaron la desbandada y entonces los hombres de Jutra vieiros aterrorizados como una negra nube se cernía sobre sus cabezas y caía sobre ellos implacable. Centenares, millares de abejas mordieron sus carnes con terribles picaduras, cabeza, rostro, manos, metiéndose entre los pliegues de sus vestiduras, en las mangas, en todas partes donde hallaban un requicio por donde introducirse y seguir haciendo su obra destructora. Ante aquella avalancha mil veces peor que todos los regimientos británicos que pudieran salirles al paso, los indios retrocedieron gritando, chillando, vociferando, lamentándose en todos los idiomas y dialectos del país y entraron en palacio, sin pensar que con ellos entraban también las abejas sembrando por doquier la desolación y hasta la muerte.

Los soldados del batallón de escoceses, que por orden de McGregor se dirigía al palacio del Maharajá rebelde para rescatar a los heroicos compañeros, vieron con el consiguiente espanto como una nube de insectos aparecía en el horizonte e iba avanzando, avanzando como

un gran ejército aéreo, hasta llegar sobre sus cabezas, descendiendo rápidamente, antes de que los asombrados soldados tuvieran tiempo de ponerse a salvo, repitiendo la hazaña de un momento antes con las huestes de Jutra. Aquellos nefastos insectos no entendían de jerarquías y se les importaba un ardite que la sangre chupada perteneciese a un soldado del imperio británico en lugar de un fermentido indio.

Los gritos de los soldados se mezclaron a los gritos de los indígenas y a los de los cuatro fugitivos, que también habían recibido su parte. No obstante, estos últimos recibieron las picaduras con un estoicismo admirable, pensando que, gracias a ellas, habían podido salvar el pellejo, aquel pellejo sobre el cual se cebaban implacablemente las airadas abejas.

Pero como todo tiene su fin en este mundo también terminó aquel suplicio. Unos días después salían del hospital los cuatro heroicos sol-

dados, curados completamente de los desmanes que con ellos cometieran las abejas. Alan para restituirse a los brazos de su adorada Laura, con el beneplácito de McGregor, que no vaciló en sacrificar su propia felicidad a la de la mujer querida. El sargento Cascarrabias para seguir gruñendo a sus soldados y visitando las despensas de las cocinas sensibles. Laurel y Hardy para seguir asombrando al mundo con su gracia sin igual y sus inconmensurables ocurrencias. Los cuatro con una medalla en el pecho, ganada honrosamente en defensa del imperio que habían jurado honrar y servir a su ingreso en el ejército. La felicidad volvía a sonreírles y desde que se habían convertido en héroes era de esperar que el Destino se portaría con ellos un poco más generosamente concediéndoles algo más que una gaita y una cajita de rapé para salir de sus apuros económicos.

FIN

Próximo número:

La sentimental producción española

CURRITO DE LA CRUZ

E. B.

Cubierta, imp. M. PELlicer
Manzanar, Ml - Teléfono 70132

Precio: Una peseta